

ESTADO, SOCIEDAD Y VIOLENCIA POLITICA EN TURQUIA (1975-1980) *

Por SEMIH VANER

«No puedo apartar los ojos de la fatiga de los pueblos olvidados.»

HOFFMANN STHAL

La ciencia política se encuentra desamparada frente a fenómenos como la violencia y el terrorismo políticos, cual testimonian la insuficiencia de conceptualización en la materia, a pesar de algunos esfuerzos encomiables y el carácter esencialmente descriptivo y superficial de muchos de los trabajos (1). En cuanto al caso específico de la violencia política en Turquía, que en la segunda mitad del decenio de 1970 ha causado los desastres que son conocidos, cabe contar con los dedos de una mano los artículos más bien parciales e incompletos procedentes sobre todo del otro lado del Atlántico (2) y los libros turcos redactados en caliente, con prisas, y que por ello adolecen de falta de rigor y de suficiente fundamentación (3). Esta contribución mo-

(*) Este artículo se presentó como comunicación al grupo de trabajo sobre «La intervención de los grupos sociales subordinados en el terreno político» en la reunión del Consorcio Europeo de Investigación Política, Salzburgo, 13-19 de abril de 1984.

Deseamos agradecer a la señora Yvette Benusiglio su inestimable colaboración. El señor Hamit Bozarslan ha leído también el manuscrito y ha hecho observaciones muy útiles.

(1) Véanse, por ejemplo, W. Z. LAQUEUR, *Le terrorisme*, París, PUF, 1979; F. HACKER, *Terreur et terrorisme*, París, Flammarion, 1976; J. L. MACFARLANE, *Violence and the State*, Nelson, 1974; J. SERVIER, *Le terrorisme*, París, PUF, 1982.

(2) Cfr. D. ORLOW, «Political Violence in Pre-Coup Turkey», en *Terrorism*, vol. 6, núm. 1, 1982, págs. 53-71; L. P. BLOOMFIELD, «Anarchy in Turkey: The Growing Pains of a Young Democracy», en *Conflict*, vol. 2, núm. 1, 1980, págs. 31-56.

(3) Véase D. ERGIL, *Türkiye de terör ve siddet*, Ankara, Turhan kitabevi, 1980.

desta, la primera en lengua española que nosotros conocemos, únicamente tiene como objetivo tratar de desbrozar el terreno y dar una panorámica general de un fenómeno para la comprensión del cual serían necesarias monografías muy detalladas. Los problemas del «paso a lo político» (4) nos servirán de punto de referencia; asimismo, tienen también importancia los «detalles pequeños».

La articulación de la sociedad civil en Turquía, o del «espacio público», para volver al término de Habermas, es el corolario de la desaparición del referente religioso (5). En el seno del Imperio otomano, en el que la legitimidad del Estado descansaba sobre un «orden divino preestablecido» (6), lo que importaba era la pertenencia a la comunidad de los musulmanes (*ümme*) **, mientras que los adeptos de otras religiones, cristianos y judíos, gracias a la institución de la «comunidad religiosa» (*millet*), gozaban de cierta autonomía (7). A raíz de su rechazo del islamismo y del otomanismo, la «ruptura revolucionaria» kemalista de 1923, significa, sobre todo, que la fuente del poder ya no se sitúa en un orden trascendental. «La desaparición de las precauciones extraterrenales —escribe P. Ansart— elimina los obstáculos al surgimiento de los conflictos y hace que la ideología política no sea ya un lugar secundariamente accesible al conflicto, sino más bien un lugar primordial de los conflictos sociales y políticos» (8).

En el aspecto histórico, cabe destacar que el período contemporáneo de Turquía, subsiguiente a la opción fundamentada en la ideología del nacionalismo turco, opción que había dislocado al Imperio otomano al final de una serie de peripecias violentas, como la «deportación» de los armenios en 1915, conoce cuatro cambios importantes en los que se dan transformaciones de las relaciones entre el Estado y la sociedad. Transformaciones que tratare-

(4) Véanse, a este respecto, los dos trabajos siguientes de J. F. BAYART: «La revanche des sociétés africaines», en *Politique africaine*, núm. 1, septiembre 1983, págs. 95-127, y «L'hommage à la reine: les modes populaires d'action politique en situations autoritaires», Comunicación presentada en la reunión del CEIP, Salzburgo, 1984; 21 páginas.

(5) Cfr. N. GÖLE, «De l'État développementiste à l'autonomisation des forces sociales dans les nouveaux pays industriels», 1985; 19 págs., fotocopiado.

(6) I. SUNAR, «Anthropologie politique et économique: l'Empire ottoman et sa transformation», en *Annales*, núms. 3-4, mayo-agosto 1980, pág. 572.

(**) Utilizamos aquí transcripciones turcas (o, más exactamente, otomanas) de los términos de origen árabe: así *ümme* en lugar de *oumma*, *fatwa* en lugar de *fatwa*, *ser'i* en lugar de *char'i*, etc.

(7) T. TIMUR, *Osmanlı toplumsal düzeni*, Ankara, Turhan kitabevi, 1973, pág. 230.

(8) *Idéologies, conflits et pouvoir*, París, PUF 1977, pág. 31, cit. por GÖLE, *oc. cit.*, pág. 17.

mos de comprender esencialmente desde el punto de vista del empleo de la violencia, como medio de coerción del Estado, o como instrumento de resistencia de la sociedad, tratando de evitar el remedio fácil que consiste en considerar, sistemáticamente, al Estado como el mal absoluto, en deslizarse hacia los «de abajo», glorificando de modo sistemático la «insurrección de los de abajo (que se mantendrá tanto más pura, cuanto menos suba)» (9).

El primero de estos cambios se inicia en 1923 (10) con la acción nacional y «modernizadora» de la élite kemalista, que trata de construir un Estado centralista, según el modelo occidental de desarrollo. Este período de construcción del Estado-nación, cuyos ideólogos, no sin recordar a Saint-Just (11), consideran que «para salvaguardia de la República toda acción es legítima, incluida la muy violenta» (12), no transcurrirá sin encontrar resistencias también muy violentas, como las revueltas islámicas y/o curdas de Şeyh Sait a Elazig y Diyarbakir en 1925, de *Ararat* en 1930 y de *Dersim* en 1937-1938.

El segundo cambio establecido en la transición, en 1946, hacia el sistema pluralista, es la aparición de fuerzas nuevas que tratan de conseguir cierta autonomía de expresión social y económica. Lo que caracteriza a este período es la victoria electoral en 1950 del Partido Demócrata, portavoz político de estas fuerzas sociales nuevas, su compromiso a veces demagógico con el Islam y su política clientelista durante un decenio.

El tercer cambio, inaugurado por el golpe de Estado militar en 1960, es el desarrollo creciente del movimiento obrero, en paralelo al desarrollo capitalista, fuente de desigualdades sectoriales y regionales importantes. A causa, en gran medida, de la Constitución relativamente liberal de 1961, que garantiza las libertades de expresión, y de asociación, este cambio es también el de la aparición de las acciones de protesta, de las ideologías políticas que se radicalizan a medida que no encuentran medios de expresión política (o bien que los juzgan insuficientes) en el sistema, a pesar de una franca apertura de éste. En el período de 1975 a 1980, estas acciones de protesta, así como las ideologías políticas correspondientes se caracterizarán

(9) R. DEBRAY, *Le scribe*, París, Grasset, 1980, págs. 200 y 201.

(10) Seguimos aquí la periodización establecida por GÖLE, *loc. cit.*, págs. 18-19.

(11) SAINT-JUST, «Un patriote est celui qui soutient la République en masse. Quin-conque le combat en détail est un traître». Citado por J. GOTOVICH, «Quelques réflexions historiques à propos du terrorisme», en *Réflexions sur la définition et la répression du terrorisme*, Actas del coloquio celebrado en la Universidad Libre de Bruselas, los días 19 y 20 de marzo de 1973, Bruselas, Ediciones de la Universidad de Bruselas, 1974, pág. 17.

(12) S. S. Aydemir, del movimiento «Kadro», próximo al poder. Citado por Y. KÜÇÜK: *Türkiye üzerine tezler*, Tekin Yay, Estambul, 1979, vol. II, pág. 78.

más por comportamientos de crisis que por comportamientos sociales (13). En esta coyuntura, de crisis de los comportamientos sociales y de incapacidad de los poderes políticos de gobernar y de encarrilar el desarrollo económico, la violencia alcanza su paroxismo, en torno a una dicotomía doble: la violencia del Estado (y para el Estado) y la violencia contra el Estado («burgués»), la de la derecha y la de la izquierda se contestan una a la otra en una escalada que entre 1975 y 1980 provocará más de cinco mil víctimas.

Por último, el cuarto cambio es «el autoritarismo del golpe de Estado del 12 de septiembre de 1980, que restaura el orden social, vuelve a los temas antiguos —la nación, el Estado, la laicidad— y los celebra en una sociedad impaciente de pacificación social y de desarrollo económico» (14). Dentro del proceso de «destotalización» que ha marcado el período de 1960-1980, el golpe de Estado (o más bien «el golpe del Estado») militar de 1980 era una contestación por medio de una «retotalización» (15).

ANTECEDENTES

«No es fácil —escribe A. Touraine— para el historiador y para el sociólogo volver a dar la palabra a quienes no la han tenido jamás, a quienes no han grabado inscripciones, no han dejado tablillas ni manuscritos, cuyos heraldos son los cadáveres colgados, los crucificados y los agotados por las privaciones sin que ningún memorialista dé noticia de ello. De aquí el interés que producen hoy los avances posibles en la historia de los colonizados, en sus rechazos, en sus insurrecciones, en sus sueños» (16). Al tratarse del Imperio otomano, o incluso de la Turquía republicana la tarea es todavía más difícil porque salvo algunas excepciones (17), muchos de los «historiadores» y de los «sociólogos» turcos y a veces extranjeros —sin hablar de

(13) GÖRE: *loc. cit.*, pág. 19.

(14) *Ibidem*.

(15) Recogemos los términos de «destotalización» y «retotalización», así como el de «avanzada de la sociedad civil», que empleamos más adelante, de J. L. DOMENACH: «Pouvoir et société dans la Chine des années soixante-dix», en *Motus populaires d'action politique*, CERI, «Bulletin de liaison», núm. 1, 1983, págs. 49-52.

(16) *Production de la société*, Seuil, París, 1973, pág. 376.

(17) Tratándose de movimientos populares nos referimos aquí a las obras de T. TIMUR: *op. cit.*; de A. MUMCU: *Osmanlı devrinde siyasetin kati*, A.Ü.H.F.Y., número 180, Ankara, 1983, y sobre todo, de Ç. YETKİN: *Türk halk hareketleri ve devrimleri*, Milliyet Yay, Estambul, 1980. La obra de Ç. YETKİN tiene un interés indudable a pesar de la debilidad de su análisis y de las omisiones en cuanto al repaso de los hechos históricos, sobre todo para el período republicano (¿autocensura kemalista o neocen-sura kemalista?).

la historiografía y de la sociología oficiales— en sus estudios muy impregnados de esta estatolatría, no solamente ven, sino que justifican de buena voluntad al Estado como poseedor del «monopolio de la violencia física legítima», mientras que suelen ser muy parcos con respecto a la sociedad.

En el Imperio otomano, al menos hasta el período de la «occidentalización» (*Tanzimat*, término que significa reorganización), el término «política» (*siyaset*) era, además de su utilización en un sentido verdadero, el equivalente de «pena de muerte» ya que el soberano, munido de su autoridad absoluta, tenía un derecho cuasi ilimitado de vida y muerte sobre sus súbditos (*siyaseten kattl*) (18).

Este derecho «político» sólidamente inscrito en el derecho público otomano, otorgaba al sultán el poder disponer de la vida y de los bienes de sus súbditos (*teb'a*) y se ejercía frente a toda la «clase militar» (*askerisinif*), que —además de los militares y de los *ulema*, comprendía a todos los servidores del Estado— y, por supuesto, al pueblo (*reaya*: palabra que significa literalmente rebaño) (19). En 1516, el paso del Califato a los sultanes otomanos no hizo más que reforzar este derecho de vida y muerte.

Con la instauración en la administración estatal del sistema de *kul*, este poder de vida y muerte de los sultanes aún se amplió más ya que el sistema convertía a todos los servidores del Estado y a todo el pueblo en «esclavos» (*kul*). Nadie podía escapar al veredicto fatal del sultán, ni siquiera los grandes visires —¡especialmente ellos!—, ni los más altos dignatarios del Estado, cuyas cabezas eran ofrecidas a los sultanes sobre bandejas de plata (20).

Así, por ejemplo, desde el sultán Orhan Gazi (1324: el principio del reinado) hasta Abdülmecid (1861: fin del reinado) entre los 182 grandes visires (*vezir-i âzam*) que se sucedieron a lo largo de los siglos, veintitrés fueron decapitados por orden de los sultanes sin haber sido siquiera destituidos de sus funciones, mientras que otros veinte lo fueron tras haber sido destituidos (21), lo que ha convertido el oficio de gran visir en un oficio de riesgo elevado. Pobres visires y grandes visires que, cuando no eran decapitados o incluso a veces antes de serlo, solían ser objeto de «burlas» no menos crueles por parte del pueblo en tanto que no circuncisos, ya que a menudo eran de origen cristiano (22). Los grandes visires, que estaban completamente des-

(19) A. MUMCU: *Op. cit.*, pág. 2.

(19) T. TIMUR: *Op. cit.*, pág. 201.

(20) A. MUMCU: *Op. cit.*, pág. 123.

(21) *Ibidem*.

(22) Los miembros de la clase dirigente, al igual que los jenizaros, se reclutaban a veces en las regiones no musulmanas del imperio, según un procedimiento llamado *devşirme*.

armados frente al poder del soberano, disponían a su vez de este derecho de vida y muerte —salvo en caso de oposición del sultán o con respecto a aquellos a quienes éste tenía en alta estima—, comprendidos los mismos visires, cierto que con algunos límites en tiempos de paz, pero de modo ilimitado durante las expediciones militares.

Los motivos de la ejecución podían ser múltiples (23): la voluntad del soberano de no admitir límite alguno a su autoridad absoluta, el atentado contra su vida, un ultraje que se le hiciera (*padişahi tihkir*), una insurrección contra el Estado —por supuesto que el sultán era la última instancia competente para definir el término de «insurrecto» (*isyancı ou asi*)—, la razón de Estado (*hikmet-i hükûmet*), un peligro cualquiera que acechara al trono, etc. Por lo demás, la lucha por el trono era particularmente áspera en el seno de la propia familia dinástica. Así es como, por ejemplo, Mehmed III aplicó la legislación (*kanunname*) de Fatih, hizo ejecutar a diecinueve de sus hermanos, ni uno menos (1595) (24). Selim el Feroz, a consecuencia del conflicto que le había opuesto a su hermano Ahmet, hizo matar a cuarenta mil turkmenos partidarios de este último (25).

Las restricciones que impone la religión islámica sobre la aplicación de la pena de muerte obligaban, en cualquier caso, al soberano a ponerse de acuerdo con la *Şeriat* y a solicitar el *fetva* (asesoría jurídica fundamentada sobre el Corán) a los *ulema*, que muy a menudo, por temor de que las iras del sultán cayeran sobre ellos, no dudaban en proclamar que este poder soberano era conforme a la ley (*şer'i*) (26). Por lo demás, los *ulema* eran los únicos que podían esperar gracia y beneficiarse de cierta inmunidad: no se les podía ejecutar más que en casos excepcionales.

Uno de estos casos conocidos y que merece que nos detengamos sobre él un instante es el de Şeyh Bedrettin, que fue uno de los grandes sabios de la jurisprudencia (*fıkıh*). En su pensamiento —que algunos califican hoy de «socialista»— había llegado a una especie de solución de compromiso entre el Islam, el cristianismo y el judaísmo en la unidad de Dios, cosa que parece insólita para un jefe espiritual de su época. Igualmente era partidario de la propiedad comunal (27). Al comienzo del siglo xv se puso a la cabeza de un movimiento insurreccional que se benefició del apoyo popular, en especial del de los nómadas y de los turkmenos, descontentos de la consolidación del

(23) A. MUMCU: *Op. cit.*, págs. 85 y sigs.

(24) *Ibidem*, pág. 127.

(25) T. TIMUR: *Op. cit.*, págs. 123-124.

(26) A. MUMCU: *Op. cit.*, pág. 43.

(27) Cf. T. TIMUR: *Op. cit.*, págs. 95-98.

carácter sunnita y autoritario de la administración central (28). A consecuencia de este levantamiento, aplastado con grandes dificultades por el poder, se detuvo a Şeyh Bedrettin, se le sometió a un juicio muy lento por un consejo constituido por *ulemas* y se le ejecutó de acuerdo con un *fetva* pronunciado por él mismo, como fue obligatorio decir en la época (29a).

Es cierto que en el Imperio otomano se dieron también sultanes destronados y asesinados a consecuencia de motines populares o de levantamientos de los jenizaros. El asesinato quedaba siempre legitimado por una *fetva* del *Şeyhülislâm*, que dejaba en la sombra a la ley islámica y establecía la inmunidad del sultán-califa.

El enfrentamiento sunnita-*alevî* (29b), del que es preciso tomar en consideración la recurrencia y la irreductibilidad a fin de comprender la violencia política, muy reciente, se encuentra a menudo en el origen de las insurrecciones que jalonan la historia del Imperio otomano. Así, las sublevaciones populares del siglo XIX: Şah Kulu, Nur Ali Halife, Şeyh Celâl —que a continuación dio su nombre a todas las rebeliones que ensangrentaron Anatolia y a las que se designó global e impropriamente con el nombre de «Celâli» (Baba Zünnûn), que no era ajeno a las injusticias cometidas con motivo de la recaudación de impuestos—, al igual que Kalender Çelebi, eran el hecho de los *alevî*. Esta oposición ocultaba, en todo caso, raíces sociales más profundas y traducía el descontento de los campesinos pobres y de los *sipahi*, poseedores del *timar* (beneficio o feudo), de origen *alevî*, descontento al que el Estado otomano oponía la «ortodoxia» sunnita (30).

Otras revoluciones de fin del siglo XVI y de comienzos del siglo XVII, como las de Karayazici, Abdülhalim bey, Deli Hassan bey, Kalenderoğlu y Canbuladoğlu, tenían un carácter «étnico» al oponer los turcos (etnia fundadora del Imperio) al cosmopolitismo de la clase dirigente e incluso de la política. La revuelta de Canbuladoğlu había sido aplastada con grandes dificultades por el *sadrâzam* Murat Paşa, que llevaba el apodo de *Kuyucu* (perforador de pozos), porque tenía la costumbre de arrojar y amontonar a los rebeldes en pozos (31).

(28) A. MUMCU: *Op. cit.*, pág. 126.

(29a) *Ibidem*.

(29b) De obediencia chiíta duodecimana, esta comunidad, que constituye aproximadamente el 20 por 100 de la población de la Turquía actual, representa una tradición de no conformismo y de oposición a la mayoría sunnita.

(30) T. TIMUR: *Op. cit.*, pág. 129.

(31) Ç. YETKIN: *Op. cit.*, pág. 199. En 1607, Kuyucu hizo masacrar a 26.000 personas que habían participado en la sublevación de Canbuladoğlu e hizo construir una colina con sus cabezas.

La evolución de la economía mundial y sus inevitables repercusiones en el interior del Imperio por una parte y la entrada del imperialismo británico en la escena mundial y en la otomana por la otra contribuyeron a aumentar la inestabilidad popular en las fronteras del Imperio otomano a partir de comienzos del siglo XVII.

Posteriormente, en especial a partir de 1730, asistimos a una serie de sublevaciones, como las de Patrona Halil y de Kabakçı Mustafa, reacciones contra las medidas de «occidentalización» tomadas por las alturas —la «lumpen-europeización», dirá S. Amin—, sublevaciones apresuradamente calificadas de «retrógradas» por la mayoría de los historiadores turcos, que no han analizado suficientemente los motivos profundos que animaban a estos movimientos, incluso aunque tuvieran un carácter conservador evidente y, sobre todo, como sucedió con otros posteriores, incluso aunque fueran recuperados por fuerzas oscuras. Hay que señalar que en 1730, cuando las clases populares se sublevaron en nombre de la *Şeriat*, el sultán y su entorno hicieron un llamamiento a todos los musulmanes contra los insurrectos blandiendo el *sancak-ı şerif* (la bandera del Profeta, que sólo se utilizaba en las guerras contra los infieles). Sin embargo, las reivindicaciones económicas, como la supresión de ciertos impuestos, dictadas por los insurrectos al nuevo sultán tras su victoria demostraron bien a las claras que esta sublevación no tenía más que cierto carácter religioso (32). Hay que señalar igualmente que el orden nuevo (*Nizâm-ı cedid*) instaurado en el siglo XVIII tropezó con la oposición no solamente del pueblo, sino también de los *ayan* (notables locales), que solían compartir el mismo sistema de valores que el primero (33).

La historia de la segunda mitad del siglo XVIII y la primera mitad del XIX no es más que una serie interminable de conflictos entre la administración y los *ayan*, que disponían en sus regiones respectivas de una base a la vez económica y social. Los *ayan* podían oponerse a la Puerta bien entendiéndose con los funcionarios del sultán o bien, lo cual era más frecuente, apoyando a los jefes que se manifestaban de forma notoria. El sultán Selim I I hubo de luchar sin tregua contra diversos señores de provincias. Su sucesor, Mahmud II, se vio obligado a firmar un pacto (*Sened-i Ittifac*) que reconocía privilegios especiales a los *ayan*. Estos últimos, que comenzaban a adquirir cierta influencia, fueron destruidos más tarde por el ejército central, reorganizado por Mahmud II. Esta reorganización seguía a la supresión del ejército de los jenízaros en 1826, acontecimiento histórico calificado por el poder «de

(32) M. A. AŞAOĞULLARI: *L'Islam dans la vie politique de la Turquie*, tesis de doctorado, París, 1979, págs. 31-32.

(33) Ç. YETKIN: *Op. cit.*, pág. 295.

buen augurio (*Vaka -yı Hayriye*). Durante la primera monarquía constitucional, que se inaugura en 1867, convendrá recordar igualmente la muerte del sultán Abdülaziz, los acontecimientos sangrientos del ataque al serrallo Çırağan y la larga dictadura del sultán Abdülhamit.

En el momento del estallido del Imperio otomano y de la aparición de los movimientos de independencia nacional en su seno, toma forma una lucha violenta de un carácter completamente distinto. La ORIM (Organización Revolucionaria Interior Macedonia) o los *Komitaci*, en los cuales ciertos autores (34) ven al «padre» de todos los movimientos de independencia nacional, desencadena en 1903 en Macedonia y en Tracia, las regiones más desarrolladas del Imperio (¿desmentido o confirmación de las teorías desarrollistas de las *changing societies?*), una acción terrorista coordinada contra la dominación otomana. En ella encontramos ya muchas de las características de los movimientos posteriores: lucha en el país ocupado, conjugación del terrorismo y de la guerrilla (se cuentan más de mil asesinatos políticos), colaboración asegurada de parte de la población, organización de una propaganda de apoyo. Los *Komitaci*, al igual que más tarde los armenios (35), esperaban que sus acciones acabarían provocando la intervención de las potencias europeas. La represión otomana será inmisericorde, los cuadros revolucionarios serán diezmados. El bandidismo social constituye otra forma de escapismo especialmente extendida en las regiones balcánicas del Imperio, pero también en Anatolia, y que está lejos de haber desaparecido todavía. En un estudio muy sugestivo, E. Hobsbawm define a estos bandidos del modo siguiente: «En tanto que individuos, son menos rebeldes políticos o sociales —y no hablemos de revolucionarios— que campesinos que se niegan a someterse y que al hacerlo se distinguen de la masa... En tanto que grupo, en el caso máximo, constituyen síntomas de crisis y de tensiones en el seno de sus sociedades, síntomas de hambre, de peste, de guerra o de todo lo que trastorna a la sociedad» (36).

En la atmósfera eufórica de la segunda monarquía constitucional (1908) asistimos a una nueva serie de sublevaciones, a veces a instigación de los

(34) Véase J. GOTOVICII: Art. cit., pág. 20.

(35) En el marco de este trabajo dejaremos de lado los acontecimientos de 1915 y el terrorismo armenio de 1973-1983, que se debe a motivaciones distintas a la violencia «interna» de los años de 1975 a 1980 en Turquía y que actúa sobre todo a partir del extranjero, si bien no deja de haber actos terroristas armenios en la misma Turquía, como el atentado en el aeropuerto de Ankara el 7 de agosto de 1982, que se saldó con once muertos. Remitimos al respecto a las numerosas obras que han aparecido en Francia y en Turquía.

(36) *El bandidismo social. Mehmet el delgado*, novela de YASAR KEMAL, constituye una buena introducción al bandidismo turco.

británicos o del Partido de la Unión de los Mahometanos, como la del 13 de abril de 1909, que trataba de alterar el orden constitucional y que sería aplastada por los militares. Tras el golpe de estado de 1913 (el primero en el Imperio otomano), que abrirá la vía a la dictadura de la Unión y el Progreso, asistiremos a una represión de los liberales (Sabahattin bey se encuentra entre ellos) en represalia contra el atentado que costó la vida a Mahmut Şevket Paşa, al asesinato de periodistas como Ahmet Samim y a la liquidación física de ciertos opositores dentro del Comité de la Unión y el Progreso, como la de Yakub Cemil. Un verdadero ejército paralelo creado en esta época por la Unión y el Progreso, el *Teşkilât-ı Mahsusa*, es comparable a ciertos efectos a los «comités» (*çete*) de Çerkes Ethem, quienes, en nombre de la lucha por la independencia, harán la ley, a menudo demasiado brutal sobre todo en las regiones egeas del Imperio dislocado y ocupado.

Esta breve incursión en la historia otomana no debe dar la impresión de que la sociedad otomano-turca —supuesto que haya una— oponga siempre una resistencia violenta al Estado, que ciertos autores califican de «fluctante» (B. Lewis) y otros de «despótica» (T. Timur). La violencia tenía fundamentos sociales y religiosos, pero también estaba vinculada en cierta medida al equilibrio de las fuerzas en el mismo seno de la clase dirigente. Los períodos de decadencia (especialmente entre 1200 y 1300, en el decenio de 1390 y después de 1600) parecen haber favorecido la expresión violenta de diversos movimientos (populares, militares o de los *ayan*); la violencia del Estado replica a éstos por medio de represiones dirigidas a objetivos concretos.

Por lo que se refiere a las relaciones entre el Estado y la sociedad, M. Akdağ señala que desde la fundación del Imperio otomano «el Estado no se ha modelado nunca según la evolución de la sociedad, sino que, al contrario, ha sido la sociedad la modelada por el Estado, lo que hace que sus motivaciones políticas hayan determinado la estratificación social» (37). Al final de su obra, A. Mumcu confirma este análisis subrayando que el dominio iliraitado que el Estado tenía sobre la vida del ciudadano convertía a este ciudadano en un ser temeroso, que no tenía la posibilidad moral ni el conocimiento práctico necesarios para la reivindicación de sus derechos, o a la inversa, le impulsaba al otro extremo para convertirle en un revolucionario, un violento, lo que explica las explosiones repentinas que se registraban con frecuencia (38).

Así, no resulta exagerado ver en la protección dictatorial del poder en

(37) *Türkiye'nin iktisadî ve içtimai tarihi (1453-1559)*, A.Ü.D.T.C.F.Y., Ankara, 1971, vol. II, pág. 90, citado por Ç. YETKİN: *Op. cit.*, pág. 15.

(38) A. MUMCU: *Op. cit.*, págs. 206-207.

Turquía desde hace siglos una de las causas esenciales del desarrollo tan intenso del terrorismo. Sin asimilarlo a los períodos anteriores (el Estado kemalista es complejo y por esto mismo impide todo maniqueísmo), conviene dejar constancia de que el autoritarismo de la República, que proclamó «un solo jefe, un solo partido, una sola clase social, una sola ideología» (39), no modificó grandemente este estado de cosas. Todo movimiento de oposición se vio obligado a manifestarse mediante actos ilegales y a veces bajo la forma de insurrecciones sangrientas.

Tras la instauración de la República, y más concretamente entre 1924 y 1939, Turquía conocerá muchas revoluciones e insurrecciones desencadenadas y dirigidas mediante consignas religiosas y reprimidas de modo cruento. La revuelta de Şeyh Sait, en 1925, sigue siendo con mucho la revuelta más importante desde el punto de vista de su amplitud y de su empleo de la religión. Su dirigente, Şeyh Sait, era al mismo tiempo jefe de diversas tribus y de la orden religiosa *Palevi* (40), que es una rama de la poderosa secta *Nakşibendi*, por lo que gozaba de gran autoridad entre las masas y los notables curdos de la región. En poco tiempo la revuelta sobrepasó ampliamente la zona de influencia de Şeyh Sait y se extendió en catorce departamentos de la zona oriental.

Más espontáneas, algunas otras insurrecciones sin envergadura fueron rápidamente aplastadas, como la de los *hoca*, en Erzurum, en 1925, contra la costumbre de llevar el sombrero occidental, o la que siguió al asesinato de Kubilay, en 1930 (el oficial kemalista cuya cabeza cortada habían exhibido los fanáticos islámicos en las calles de Menemem).

Las insurrecciones, que solían ser obra de los *Nakşibendi* o fomentadas por los fanáticos aislados que decían seguir a esta orden y que, dicho sea de paso, aumentaban en momentos de crisis económica, no constituían una verdadera amenaza a la supervivencia del poder kemalista. Ello no impide que este último, tras haber promulgado en 1925 la ley de conservación del orden (*Takrir-i Sükkûn*), no tarde «en descubrir connivencias» entre los insurrectos y ciertos miembros del Partido Progresista, lo que le proporciona un pretexto excelente para desembarazarse de este último, convertido en un rival bastante peligroso (41).

Un año después, el atentado de Izmir contra la persona de Kemal ofreció al poder la posibilidad de liquidar completamente a la oposición. Todos los dirigentes del partido disuelto se encontraron en el banquillo de los acusados.

(39) Cf. I. CEM: «1978 sonbarahında Türkiye» *Milliyet*, 4 de octubre de 1978.

(40) M. A. AĞAOĞULLARI: *Op. cit.*, pág. 143.

(41) *Ibidem*, pág. 139.

Se absolvió a los jefes nacionales de la guerra de la independencia, pero al mismo tiempo se les excluyó de la escena política. Por otro lado, el Tribunal de la Independencia (*Istiklâl mahkemesi*) pronunció quince penas de muerte, que recayeron sobre ciertos dirigentes antiguos de los «jóvenes turcos» del Partido Progresista (42).

En el estado actual de conocimientos resulta difícil determinar cuál de los dos elementos, el curdo o el islámico, era predominante en la revolución de Şeyh Said. Las otras sublevaciones curdas que la siguieron no tuvieron, sin embargo, el carácter religioso y la amplitud de esta última revuelta. El estudio de estas sublevaciones no permite hablar de una afirmación colectiva de la identidad nacional curda; tales sublevaciones estallan a menudo de un modo espontáneo y son muy localizadas (salvo la de Ararat, en 1930, preparada desde 1927 y que no tenía carácter antilaico). No hay coordinación alguna entre los diversos movimientos y los dirigentes curdos. Igualmente parece que los notables curdos pierden la ilusión de recuperar su autonomía debido a una eventual restauración del califato.

Tras el paso al pluralismo, y en especial en vísperas de las elecciones legislativas de 1950, el PRP de İnönü adopta una política ambigua y recelosa con respecto al Islam. A la vista de la renovación de las corrientes islámicas, sus dirigentes multiplican las advertencias que ponen en guardia a la opinión pública contra el peligro que representa la reacción religiosa (*irtica*). Así, por ejemplo, en el curso de un debate en la Asamblea Nacional, H. C. Yalcin llega a declarar que «los reaccionarios religiosos que quieren la *Şeriat* son más peligrosos y más venenosos que el cólera, la peste e incluso que el bolchevismo» (43). En el curso de este período asistimos a la proliferación de órdenes como la de *Nurcu* y la de *ticani*, que se benefician de cierta tolerancia, sobre todo después de la llegada al poder, en 1950, del Partido Demócrata. Los *ticani*, que propugnan la guerra santa (*huruc*) (44) del pueblo contra el poder impío —que no aplica los preceptos del Islam—, recurren a menudo a medios violentos, convirtiéndose en especialistas de la destrucción de bustos y estatuas de Mustafa Kemal. La abundancia de estatuas de este último le valdrá, por lo demás, en el medio islámico, multitud de blasfemias y el sobrenombre póstumo de *Mustafa Alqitrán*. El decenio de 1950-1960 se terminará trágicamente para los dirigentes del Partido Demócrata, ya que la mayoría de ellos irá a prisión en tanto que el primer ministro, A. Mende-

(42) *Ibidem*, pág. 140.

(43) G. YİSKE *Yeni Türkiye'de islâmık*, Bilg yay, Ankara, 1972, pág. 101, citado por M. A. AĞAOĞULLARI: *Op. cit.*, págs. 192-193.

(44) *Ibidem*, pág. 216.

res, y dos de sus ministros serán enviados por los militares al patíbulo, lo que acabará por inhibir considerablemente a la clase política del período posterior.

PASO A LA VIOLENCIA POLITICA

Además de los antecedentes históricos, de la omnipresencia y de la omnipotencia del Estado y del corolario de las dificultades reales del enraizamiento de un régimen democrático pluralista y de un espíritu democrático, también cabe evocar la dependencia de Turquía con respecto al capitalismo mundial y su subdesarrollo —pudiendo preguntarse cuál de los dos es históricamente el producto del otro—, todos ellos gérmenes de violencia. Pero el carácter inusitado de la violencia política tal como se observó en la segunda mitad de los años setenta, una ultraviolencia que a veces recordaba por su crueldad la *violencia* que conoció Colombia en los años posteriores a 1948, tiene algo de específico que convendría analizar más de cerca y en profundidad.

Al disponerse a estudiar la violencia política de los años de 1975-1980, el analista siente una especie de vértigo ante la multiplicidad de sus motivos y la movilidad de sus elementos. La violencia es una nebulosa compleja y difusa que hace que el análisis sea algo muy delicado; se debe a causas diversas que se yuxtaponen unas a otras. No obstante, intentemos deshacer este nudo gordiano. El período de 1960-1980 —o para ser más precisos, 1960-1974— fue el de una formidable mutación social que ha hecho afirmar a un sociólogo que se trataba de «la transformación irreversible más profunda que se ha producido en Anatolia desde la Era del Neolítico» (45). En efecto, a lo largo de este período se ha asistido a una reorganización de las fuerzas sociales y a cambios sociales sin precedentes; además de los indicadores socio-culturales (caros a la escuela desarrollista), como el crecimiento de la participación de la industria y de los servicios en el producto nacional en detrimento de la agricultura, una tasa de desarrollo anual de la economía del 6 por 100 de media (hasta 1974), la movilidad social, el desarrollo de los medios de comunicación de masas, es necesario señalar el crecimiento de la clase obrera, el aumento de la combatividad de los sindicatos e incluso el despertar del campo, como testimonian numerosas ocupaciones de tierra realizadas por los campesinos entre 1969 y 1970.

El avance de la sociedad civil careció en todo caso de una verdadera me-

(45) «M. Kiray'la görüşme», *Iktisat dergisi*, junio-julio de 1982, núms. 211-212, página 6.

diación política de no ser una muy breve en 1974 (en coalición con el MSP, de tendencia islamista) y en 1978 con el CHP de B. Ecevit, a quien sus detractores (externos al partido por razones evidentes; pero también los internos, puesto que las querellas entre personas son rasgo particular de la cultura política turca) han tachado injustamente de «populista irresponsable». Sin embargo, un sector de este partido había comenzado a reflexionar sobre la relación del Estado y de la sociedad cuestionando la ortodoxia kemalista. En estos breves momentos es cuando se ha estado más próximo —aun estando todavía muy lejos— de una «relación justa» entre el Estado y la sociedad. (Admitimos la parte de subjetividad que siempre amenaza con infiltrarse en un juicio de este carácter.) Mediación a todas luces escasa y poco rigurosa, rápidamente disuelta y agotada en sus divisiones internas por su aritmética parlamentaria, por su compromiso inevitable y suicida con personalidades de la derecha liberal, a menudo arrivistas y corrompidos, para impedir que el régimen derivara hacia la extrema derecha, por el sabotaje violento de la oposición, por una situación económica catastrófica, etc. ¿Acaso la mediación partidista está condenada a la impotencia en un país como Turquía cada vez que presenta un proyecto susceptible de implicar la movilización popular inevitablemente incompatible con la utopía de la clase dirigente y/o dominante?

Por lo demás, la clase política era incapaz de negociar debido a la ausencia de un consenso acerca de la idea democrática; así, nos encaminaremos hacia el bloqueo institucional y la desintegración de la unidad del Estado, acentuada esta última por la penetración de elementos protofascistas entre los engranajes del Estado, dos factores que contribuirán a exacerbar la violencia política.

La explosión urbana desordenada y las disparidades económicas y sociales que de ello se derivan constituyen, sin duda alguna, uno de los fundamentos de esta violencia. Así queda planteado el problema insoluble de la inserción social de los emigrantes rurales expulsados del campo hacia la periferia de las grandes ciudades y atraídos hacia el sector terciario más que hacia las industrias de las ciudades y condenados a vivir en ese ambiente intermedio que son las zonas suburbanas (*gecekondu*; literalmente, «casas de noche», puesto que construidas entre el crepúsculo y el alba, según una tradición de derecho consuetudinario de la cuenca del Mediterráneo no se las puede abatir después de que se haya levantado el sol). El «hiatus cultural» (46) o, si se prefiere, el choque cultural que provoca el contacto con el

(46) G. KEPIL: *Le Prophète et Pharaon*, La Découverte, París, 1984, pág. 212. El autor, al estudiar los *jama'at islamiyya* en El Cairo subraya que «los hijos del éxodo rural» forman los grandes batallones del movimiento islámico.

mundo occidental entre los jóvenes, en su gran mayoría de extracción campesina y que se ven rápidamente seducidos por las ideologías totalitarias, facilita el acceso a los filones cautivadores de reclutamiento de los grupos terroristas; los reclutadores operan en las estaciones de ferrocarril o de autobuses: divisan con rapidez a un joven un poco perdido que acaba de llegar a la ciudad, le toman bajo su protección (alojamiento, dinero de bolsillo) y rápidamente se le adoctrina (47); atrapado en el juego, el joven ya no puede «traicionar a la causa» bajo pena de muerte. El coronel Türkes había ordenado expresamente a sus militantes que asesinasen a los «renegados» (*dâvadan dönenler*).

Los dirigentes terroristas no encuentran dificultades en reclutar adherentes entre los jóvenes desarraigados y parados, que se resignan con mayor dificultad que sus padres a las condiciones de una vida miserable de los barrios de los ocupadores ilegales de viviendas. Según un estudio reciente, el 68,4 por 100 de los terroristas de derechas y el 74,4 por 100 de los terroristas de izquierdas detenidos en Ankara son originarios de lugares distintos a las tres grandes ciudades de Turquía: Estambul, Izmir y Ankara (48). También parece que el éxodo rural, sobre todo hacia las ciudades pequeñas como Çorum, Sivas, Malatya, etc., de las poblaciones *alevî* hayan roto, en alguna medida, la segregación que existía antes en el plano espacial. Esta mezcolanza de las poblaciones *alevî* y sunnitas ha abierto la vía a provocaciones que a menudo han constituido el origen de enfrentamientos entre miembros de la minoría religiosa *alevî* y sunnitas.

Ş. Mardin estima que, en definitiva, el éxodo rural ha contribuido más a «ruralizar» la ciudad que a «urbanizar» a los campesinos. Su enfoque culturalista de la violencia estudiantil subraya la «dislocación cultural», que ha dado nacimiento a esta violencia (49). El contraste entre los ideales de la sociedad turca tradicional como el valor, la generosidad, la equidad, la ayuda mutua y las nuevas reglas del juego, fundamentadas sobre la astucia, el engaño, la avaricia, han acentuado entre los jóvenes el desprecio hacia la sociedad burguesa (50).

(47) Cf. M. T. MASCHINO y F. M'RABET: «Turquie: jeux sanglants contre la démocratie», *Le Monde Diplomatique*, enero de 1980, que, por lo demás, contiene muchas inexactitudes. Pueden encontrarse las mismas lagunas en la serie de artículos de B. BRIGOULEIX: «La démocratie turque à l'épreuve du feu», *Le Monde*, 4, 5 y 6 de julio de 1978.

(48) R. KELES y A. ÜNSAL: *Kent ve siyaset şiddet*, AÜSBFY, Ankara, 1982, página 64 (Fuente oficial del año de 1982).

(49) «Youth and Violence in Turkey», *Archives européennes de sociologie*, XIX (1978), págs. 235 y 245.

(50) *Ibidem*, págs. 251-252.

También cabe preguntarse —en el caso de Turquía— si no estamos ante un tipo de cultura política violenta. En esta sociedad, en la que cerca de la mitad de la población tiene menos de quince años, la violencia es efectivamente una cultura que se aprende, se vive y se reproduce. Al margen de las formas más difusas como la socialización de los niños en la violencia por parte del Estado —y que Mardin denuncia: «todos los niños turcos son pequeños soldados»—, los libros escolares y la enseñanza en las escuelas contribuyen a modelar los espíritus infantiles según los únicos criterios de obediencia, falta de sentido crítico y de afán de investigación. A ello puede añadirse la exaltación de la virilidad (machismo), que se pueda observar, con F. Frey, hasta en los nombres propios (51): Vural (golpea y atrapa), Savaş (la guerra), Ateş (el fuego), Korkut (inspirador de miedos), Cerik (el combate), Demirel (mano de hierro), etc. El hecho de que la vida cotidiana (televisión, prensa escrita) esté inundada de imágenes de violencia, sin hablar de la violencia latente en las relaciones interpersonales, intersociales (más de cincuenta personas perecieron en una ciudad anatolia en 1967 en el curso de peleas que opusieron a los partidarios de dos equipos en un partido de fútbol) y de la frustración sexual.

En una sociedad en la que la muerte resulta algo trivial, los compromisos de paz adoptados entre familias rivales del tipo de «quien rompa el pacto de paz no será embalsamado en su muerte: sus despojos mortales serán presa de los buitres» (52) resisten mal a la *vendetta* (*kan davası*), vieja práctica que en la situación de pesadilla de este período ha venido a superponerse o incluso a confundirse con el terrorismo político.

Otra dimensión de este fenómeno es la que un psicoanalista llama «terrorismo erostrático» (53). Sin incurrir en el psicologismo, debemos citar dos explicaciones concordantes: destruir, saquear, violentar es un medio de actuar, de imponer la marca, de dejar huellas, cicatrices... «El hombre que destruye tiene el sentimiento de poseer plenamente» (54). Otra explicación más intelectualizada: «El terrorismo da al individuo la sensación, la ilusión de recrear; extrapolando su crítica intelectual en un gesto catártico, quiere alcanzar el más allá del compromiso político y táctico, el punto de no retor-

(51) «Patterns of Elite Politics in Turkey», en G. LENZOWSKI (comp.): *Political Elites in the Middle East*, American Enterprise Institute for Public Policy Research, Washington, D.C., 1975, págs. 68-69.

(52) Véase el reportaje de A. H. NERGIS en *Dumhuriyet*, 30 de noviembre de 1981.

(53) F. HÄCKER: *Op. cit.*, pág. 280.

(54) *Poétique de la ville*, Ed. Klincksieck, París, 1970, cit. por M. MAFESOLI: *La violence totalitaire*, PUF, París, 1979, pág. 125.

no» (55). El caso de M. Ali Ağca, presunto asesino del periodista A. Ipekçi y autor del atentado contra el Papa Juan Pablo II, merecería un examen desde este punto de vista. En todo caso, el asunto es muy complejo si se tienen en cuenta las interferencias extranjeras, por otro lado evidentes.

Al juego de las dos grandes potencias, una de las cuales trataba de instalar un régimen «más fuerte» y más indiscutiblemente prooccidental, mientras que la otra trataba de desestabilizar, se añadieron las actividades muy lucrativas (entre otros, para el «medio» turco y el de Bulgaria, que de esta manera mataba dos pájaros de un tiro) del contrabando de armas a cambio de estupefacientes de origen asiático o turco.

Last but not least, será necesario mencionar las provocaciones policiales. Además del caso conocido del provocador M. Kaynak, desenmascarado en 1971, otro caso especialmente sospechoso es el de I. Aydin, infiltrado entre los izquierdistas antes de la intervención militar del 12 de marzo de 1971 y desaparecido bruscamente después de ello. Los antiguos terroristas interrogados recientemente confiesan, probablemente en alusión al asesinato del cónsul israelí en Estambul, E. Elrom, que las acciones terroristas emprendidas con la ayuda o a instigación de este agente provocador eran errores graves en sí mismos (56). Por lo demás, el hecho de que el jefe de la Policía de Estambul fuera destituido en 1971 bajo la acusación de haber «incitado a los terroristas a la acción» era bastante revelador de las luchas que tenían lugar entre las facciones rivales más o menos dispuestas a radicalizar la represión (57). Parece igualmente que los agentes de la Policía hayan hecho cuanto han podido por introducir la droga en las diversas facultades de Ankara a fin de desacreditar el movimiento estudiantil (58). Las provocaciones policiales no han sido el único medio utilizado por el poder estatal.

EL OGRO FILANTROPICO

La tradición estatal secular en Turquía ha desarrollado entre el pueblo anatolio, del que los viajeros extranjeros señalan ya en la época del Imperio otomano frugalidad y sobriedad, una conciencia estatal como se testimonia, entre otras cosas, por la profusión de expresiones que alaban la infalibilidad

(55) J. P. CHARNAY: «Théorie stratégique de la praxis terroriste», en J. P. CHARNAY y otros: *Terrorisme et culture*, Fondation pour les études de défense nationale, París, 1981, pág. 111.

(56) *Cumhuriyet*, 18 de agosto de 1978.

(57) Cf. *Le Monde*, 3 de junio de 1971.

(58) *Aydilink*, 19 de abril de 1980.

y la generosidad del Estado, tales como «¡Que Dios proteja al Estado!» (*Alla devlete zeval vermesim*), «El Estado es generoso» (*Kerim devlet*), «El Estado lo sabe mejor que nosotros» (*Devletin bir bildiği vardır*), «Que el gran cuervo se quede con la carroña y que el Estado venga a orientarnos» (*Kuzgun leşe devlet bâşa*).

A causa de una multiplicidad de factores que no cabe reducir a la coerción —la resignación de la población traducida en los dichos precitados es testimonio de ello— y si no se quiere incurrir en un análisis simplista y en consecuencia falso, el Imperio otomano en primer lugar y la Turquía republicana a continuación, esta última a pesar de la unicidad del nacionalismo turco, han sabido preservar los equilibrios frágiles entre las diversas etnias, las comunidades religiosas y las clases sociales. No obstante, la coerción e incluso el terror han ocupado y ocupan todavía un lugar esencial en la acción del Estado.

Sabemos que el terrorismo de Estado puede revestir formas múltiples: encarcelamientos en masa, torturas, matanzas colectivas, represalias generalizadas, bombardeos de poblaciones civiles, amenazas, allanamientos de domicilios, depredaciones de todo tipo, sin hablar de atentados a la libertad de expresión, a la libertad de trabajo. «El terrorismo tiene el culto del poder del Estado —escribe L. Dispot—. Ha nacido en su seno» (59). Los turcos no han escapado más que a algunas de las armas de la panoplia estatal. La *falaka* (golpes con un bastón sobre la planta de los pies) es una práctica corriente en los centros de detención; no hace mucho tiempo que también lo era en las escuelas. Los derechos humanos en Turquía son una noción importada recientemente de Occidente.

En el período que aquí nos ocupa, caracterizado por una exacerbación general de nacionalismo, atizada por el extremismo y el chauvinismo, todo tenía que estallar antes o después. A lo largo de los años del Gobierno del «frente nacionalista», el terrorismo de estado, erigido en verdadera institución, llamaba sin recato a la lucha de los patriotas contra aquellos que no lo eran, de los enemigos del pueblo contra los que les sostenían y alentaba todas las posiciones extremas que no hacían más que atizar la intolerancia, el rencor y el odio. El poder nacionalista ha utilizado, además, las divergencias étnicas o religiosas y no ha intentado nunca cumplir el cometido de unificador de la población del país (60). Así, como señala un autor italiano en una diatriba violenta contra el Estado italiano, «la población que generalmente

(59) *La machine à terreur*, Editions Grasset et Fasquelle, París, cit. por P. PUCELA: «Une interprétation sacrificielle du terrorisme», en J. P. CHARNAY y otros: *Op. cit.*, página 185.

(60) I. ÇEM: *Milliyet*, 4 de octubre de 1978

es hostil al terrorismo, y no sin razón, debe convenir que, *al menos en esto*, tiene *necesidad* del Estado, al que debe también delegar los poderes más extensos para que pueda afrontar con vigor la ardua tarea de la defensa común» (61).

El gran ascenso social de fin de los años 1960 y comienzos del decenio de 1970, que hemos señalado, parece haber sido determinante en el terrorismo de Estado. Poco después de la gran manifestación obrera de Estambul en junio de 1970 y poco antes del golpe del 12 de marzo de 1971, M. Tağmaç, jefe del Estado Mayor, había expresado su inquietud ante la amplitud de este movimiento social, declarando: «El despertar social ha superado al desarrollo económico. Turquía no quedará abandonada en la calle» (62). La violencia por la cual el poder de entonces llevó la lucha contra los que osaban «levantar la cabeza» (una «maza sobre la cabeza de los culpables» [*balyoz harekâtı*], según la expresión del primer ministro de la época) supuso un refuerzo extraordinario para la actitud a la que se oponía. La represión sin precedentes (la «represión del bandidismo urbano», según las autoridades militares) que se abatió no sólo sobre los «izquierdistas» partidarios de los métodos violentos, sino igualmente sobre la izquierda moderada, los liberales, los no conformistas —que no tenían nada de común con los terroristas—, lejos de contribuir al apaciguamiento, no hizo más que encadenar a mayor profundidad el engranaje desastroso de la violencia.

Igualmente, a consecuencia de la intervención militar de marzo de 1971, hizo aparición en Turquía la expresión de *Kontrgerilla*. Los preparativos para la creación de un cuerpo tal se remontan a los años de la «guerra fría» y en especial a la creación del Departamento de la Guerra especial en 1965 (*Özel Harp Dairesi*), vinculado al Estado Mayor General. La CIA tenía una función importante en esta construcción, que se dirigía en primer lugar a los oficiales de los cuerpos de Ejército, pero también a la Policía (63).

Se proporcionaban instrucciones secretas en cuanto a las vigilancias, que era necesario ejercer en el medio urbano, obrero, aldeano, etc., y acerca de los grupos que había que vigilar en especial. Entre las directivas se contaba la de impedir que los guerrilleros se sintieran entre el pueblo «como un pez en el agua». «¿Cómo secar el agua?» El primer medio fue una campaña frenética contra las organizaciones progresistas, una intimidación de las poblaciones que llegó incluso al desplazamiento de ciudadanos (64).

La *Kontrgerilla* «clasifica» a la población en tres categorías: los convenci-

(61) G. SANGUINETTI: *Du terrorisme et de l'Etat*, París, s.e., 1978, pág. 175.

(62) Cit. por E. DEGER: *CIA, Kontr-gerilla ve Türkiye*, Ankara, s.e., 1978, pág. 175.

(63) *Kontr-gerilla ve MHP*, Aydılink yay, Estambul, 1978, págs. 12-15.

(64) *Ibidem*, págs. 24-29.

dos de las tesis revolucionarias, los «tibios» y los opositores. Se recomendó actitudes distintas según cuál de las tres categorías se tuviera enfrente. Ciertas categorías «no clasificables», las poblaciones que de algún modo eran «marginales», quedaban incorporadas automáticamente al cajón de los «enemigos». Así sucedía con los docentes y con los estudiantes *grosso modo*, los curdos, los nómadas, los aldeanos que luchaban por la tierra, los obreros que hacían huelgas, etc.

Los métodos «recomendados» eran cada vez más duros a partir del momento en que se hizo necesario luchar contra una verdadera insurrección popular, y abarcaban hasta la técnica de hacer pasar hambre a la población, privarla de agua, de luz, de carreteras, etc., y el asesinato de funcionarios inferiores del Estado que estaban en relación directa con el pueblo (65).

Así resulta que las causas que se encuentran en el origen de muchos acontecimientos especialmente sangrientos de este período siguen siendo sombrías, y tres años de poder militar no han conseguido ponerlas en claro. Por ejemplo, los acontecimientos del Primero de Mayo de 1977 en el curso de una asamblea organizada por la central sindical de izquierda DISK, en la plaza de Taksim, en Estambul, algunos individuos refugiados en los techos de las casas que daban a la plaza hicieron disparos de fusil sobre la multitud lo que hizo cundir el pánico y provocó de este modo la muerte de más de 50 personas. Resulta imposible no vincular estos accidentes sangrientos con los medios preconizados por la *Kontrgerilla* y los servicios de seguridad (MIT, infiltrados por la extrema derecha) como toda una serie de asesinatos, robos, secuestros; en resumen, todas las acciones condenadas generalmente por la población que había que cargar a la cuenta de inmediato a los movimientos revolucionarios y progresistas, a fin de dividirlos y desacreditarlos (66).

Igualmente se utilizaban otros medios menos brutales, esto es, la promesa de reformas que habrían de realizarse y permitirían conseguir la pasividad, la paciencia, la docilidad de la población. En este mismo sentido, también se juzgaba oportuno hablar de cambios de Gobierno, de recurrir a personalidades susceptibles de hacer que la tensión bajara (67).

Los militares han procurado siempre no manifestarse cercanos a las actividades de la *Kontrgerilla*, porque estaban perfectamente conscientes de que esta función no podía sino desprestigiarles a los ojos de los demás. En su preocupación por encontrar civiles para cumplir sus proyectos, han recurrido a menudo a subterfugios, utilizando «militares en civil» (68). «En efecto, en

(65) *Ibidem*, págs. 30-38.

(66) *Ibidem*, págs. 43-48.

(67) *Ibidem*, págs. 39-42.

(68) *Ibidem*, pág. 135.

tanto que —escribe el autor— el terrorismo de la oposición, a fin de asegurar su eficacia, tiene que ser ostensible, espectacular, exhibicionista, igualmente, para garantizar la suya, la violencia institucional, al contrario, debe ser anónima, manifestarse de modo subterráneo y oculto; en otros términos, debe disimular» (69). «Color camaleón —según la fórmula de Michel de Certeau—, los poderosos esconden su violencia en un sistema universal y obligatorio» (70).

Tras algunos años de esfuerzos infructuosos de carácter exclusivamente policial, que pretendían aniquilar el movimiento revolucionario, se hizo sentir la necesidad de recurrir a la ideología, a un partido político estructurado y que tuviera cierta coherencia de pensamiento. De este modo apareció en escena el MHP (Partido del Movimiento Nacionalista), que absorbía en sí a los «Hogares del ideal» (*Ülku ocakları*), compuestos por una minoría de personas bien entrenadas, diseminadas en todo el país, dotadas de medios financieros suficientes y sobre todo animadas por la fe indispensable para llevar a buen fin su combate. Así se formaron también los «combatientes por la liberación de los turcos en esclavitud» (ETKO), que eran fuerzas civiles que recibían un entrenamiento paramilitar (71). Al lado de la violencia vertical (u oblicua) también se daba una violencia horizontal más sangrienta.

ACTORES

Los protagonistas de este juego sangriento eran, pues, el movimiento protofascista, el «izquierdismo» y la corriente islámica, cuyos proyectos secretos y a veces confesos eran, respectivamente, *recuperar* el Estado «al alcance de la mano», «tomar» el Estado «burgués» y *destruir* el Estado «ateo», proyectos todos ellos alimentados de totalitarismo. Es necesario volverse a Chile, Camboya o Irán para encontrar equivalentes. La ideología del golpe de Estado de septiembre de 1980 ha encontrado aquí sus argumentos para legitimar su acción. El segundo y el tercero no podían derrocar al Estado, y todavía menos tomarlo, por razones sociológicas evidentes.

En cuanto al movimiento protofascista, el más temible de todos y con mucho, representado por el MHP y sus acólitos, la violencia era la continuación de la política por otros medios. Ya a fin de los años sesenta, los campos de entrenamiento del coronel Türkes funcionaban en varias ciudades anato-

(69) P. MERTENS: «L'introuvable acte de terrorisme», en *Réflexions sur la définition...*, op. cit., pág. 45.

(70) Cit. por P. MERTENS: Art. cit., pág. 45.

(71) Según *Kontr-gerilla ve...*, op. cit., págs. 130 y sigs.

lias. Los jóvenes recibían allí instrucción a cargo de R. Baykal, uno de los autores del golpe de Estado de 1960. Desde 1968, estos comandos de extrema derecha, de los que C. Sunay, entonces presidente de la República, proclamaba que, de hecho, eran los puntales del Estado (72), se pusieron a la tarea y comenzaron a elegir como objetivos, un poco al azar, a los jóvenes de la izquierda. A. Türkes no dudaba en declarar con respecto a estos comandos: «Es cierto que son los miembros del Partido los que forman los comandos... y yo les apoyo desde luego» (73).

Homogéneo y unitario, a pesar de algunas voces discordantes (74), contrariamente a una extrema izquierda muy dividida, enquistada en el seno del aparato del Estado, sobre todo en los momentos de la participación del MHP en los Gobiernos de coalición llamados del «frente nacionalista» en los años de 1975 a 1978, el movimiento protofascista pretendía ayudar al Estado. Como escribe Y. Michaud, «las razones del torturador metamorfosean su violencia en un deber de Estado; el comando fascista no practica la violencia, sino que "impone el orden en la calle"» (75). Reclamando la liquidación pura y simple de los «comunistas» o las personas reputadas como tales, en resumen, pidiendo una masacre a la indonesia, este movimiento se beneficiaba del apoyo financiero de ciertos sectores de la clase capitalista. A este respecto, un observador escribía en 1979: «El terror fascista en Turquía no es en absoluto una aberración o epifenómeno; constituye un arma que la clase capitalista mantiene en reserva para servirse de ella en caso de necesidad, en la lucha por la apropiación de los recursos de la economía en detrimento de las masas populares» (76).

Al igual que los otros movimientos del mismo tipo, el «Movimiento del renacimiento» turco (*Dirilis*) tiene como características «la movilización, que descansa sobre valores (la Patria), la constrictión disciplinaria (la obediencia al sargento), la excitación alelomimética del grupo (los camaradas)» (77) (este último elemento es también valedero para la extrema izquierda), lo cual recuerda el «¡Despierta, Alemania!» de los nacionalsocialistas alemanes hace cincuenta años. El movimiento no tiene en consideración más que los valores

(72) Según *Aydinlik*, 24 de abril de 1980.

(73) *Hürriyet*, 10 de enero de 1969.

(74) Los Hogares del Ideal se dividieron en dos clanes: uno de ellos denominado Las Tres Medias Lunas, que propugnaba una actitud muy dura con respecto a los «comunistas», cf. *Le Monde*, 12 de mayo de 1978.

(75) Y. MICHAUD: *Op. cit.*, pág. 12.

(76) A. GIL: «La Turquie: crise économique et péril fasciste», *Le Monde Diplomatique*, febrero de 1979.

(77) Y. MICHAUD: *Violence et politique*, Callimard, París, 1978, pág. 38.

culturales e históricos esencialmente turcos. Efectivamente presenta la mayoría de las notas componentes del fascismo mussoliniano y del nazismo hitleriano: nacionalismo a ultranza, racismo universal, idolatría del Jefe. Su ideología es el «nacionalismo-socialismo» (*milliyetçilik-toplumculuk*); su programa se expone en un pequeño folleto: «Las nueve luces» (*Dokuz Işık*). «Un Estado nacional, un poder fuerte», tal es el principio sobre el que puede construirse la sociedad turca, que de esta manera verá cómo se eliminan sus contradicciones, cómo desaparecen las injusticias que odia y cómo se asegura el desarrollo económico e industrial (78). Este Estado debe ser como un «puño de hierro en un guante de terciopelo», y cada ciudadano debe sentirse animado de sentimientos de confianza y de amor respecto al Estado (79). En efecto, sería un error ver en la violencia paralegal del MHP, o más bien de «su partido en armas», los hogares del ideal organizados según el modelo de las *squadri* italianas, esto es, una resistencia al Estado. Antes al contrario, la estatolatría es uno de los elementos constitutivos de esta ideología y de esta acción.

La estrategia de la tensión del MHP, para el cual, como para los de otros terrorismos de derecha, por lo demás, la acción prevalece sobre el discurso (80), y cuyas posibilidades electorales parecían muy reducidas, a pesar de que se ha dado un progreso evidente (respectivamente, 3,4 y 6,4 por 100 de los sufragios en las elecciones de 1973 y 1977), ha alcanzado éxito en ciertos puntos y ha fracasado en otros. Con el paso de los años, esta estrategia ha conseguido que se desplace el eje político hacia la derecha. Hablando a una fracción del Ejército y reclamando sin cesar su intervención, la estrategia ha conseguido también, mediante la ayuda de otros factores, provocar el golpe de Estado militar de 1980. No obstante, no ha conseguido recuperar completamente a este golpe de Estado, incluso aunque su ideología converja en ciertos puntos, sin confundirse de modo completo, con la concepción autoritaria represiva y nacionalista que tienen del kemalismo los nuevos detentadores del poder, lo cual le ha mantenido relativamente al margen de la represión.

Hay que señalar que este movimiento se ha beneficiado a lo largo de los años setenta de la protección del Partido de la Justicia, que, a su vez, contenía un ala favorable a los métodos duros, organizada en torno a S. Bilgiç. El informe preparado en 1970 por la Seguridad Nacional, y que establece directamente las actividades y los preparativos del MHP, sólo se publicó ocho

(78) Cf. N. PANYÜREK: *Milli meseleler ve Türkes*, Dede Korkut Yay, Estambul, 1976, *passim*.

(79) *Ibidem*, págs. 282-289.

(80) Cf. A. LEGAULT: «La dynamique du terrorisme: le vas des Brigades rouges», *Etudes Internationales*, vol. XIV, núm. 4, diciembre de 1983, pág. 653.

años después, gracias al gobierno Ecevit. «No me obligará usted a decir que los nacionalistas cometen crímenes», había declarado S. Demirel, que al comienzo, no había querido impedir las actuaciones de los jóvenes, fuese o de la tendencia que fuesen, a fin de asustar así a las clases medias y convencerlas de la necesidad de un «Gobierno fuerte» que él no había dejado de reclamar.

En tanto que la extrema izquierda atentaba sobre todo contra los militantes de extrema derecha o contra los policías que se habían visto involucrados de una manera u otra en la represión de los años de 1971-1973, los de la extrema derecha eran muy variados: militantes de extrema izquierda, simpatizantes o diputados (A. Köksaloğlu) del CHP, abogados que aceptaban la defensa de los «izquierdistas», periodistas, profesores reputados demócratas (C. O. Tütengil, Ü. Doğanay, B. Karafakioğlu, B. Cömert, etc.), sindicalistas (K. Türkler) o jefes de la Policía local (C. Yurdakul), jueces (D. Öz); estas dos últimas categorías, a fin de asustar o neutralizar a ciertos agentes independientes del Estado. «No matéis más que a uno; asustaréis a docenas de millares de otros», dice un viejo proverbio chino. Debe observarse que el MHP se opuso intensamente a un proyecto de ley que prevé remisiones de penas para los «terroristas arrepentidos» decididos a colaborar con la justicia. Como escribió Mme. de Staël: «La vida de todo partido que ha cometido un crimen político está siempre vinculada a este crimen, ya sea para justificarlo, ya para hacerlo olvidar a fuerza de poder» (81). En los años setenta, un informe de la Comisión de Investigación del Senado recordaba la consigna originaria de Mussolini y utilizada por el MHP: «Seguidme cuando avanzo, abatidme si retrocedo», y señalaba la gran cantidad de jóvenes que quisieron abandonar el movimiento de Türkeş y que fueron muertos en asesinatos disfrazados de «accidentes» o «suicidios» (82). Es necesario denunciar a los terroristas, que no deben beneficiarse de la impunidad ni de la «ley del silencio».

El elemento islámico no está ausente de la ideología y del movimiento profascistas, aunque sea secundario y se utilice sobre todo con fines fácticos. Según esta ideología, todo intento de separar el turquismo del Islam es perjudicial al nacionalismo turco (83). Y, sin embargo, esta síntesis era artificial: no hay movimiento religioso que pueda vincularse a esta ideología. Incluso ha llegado a haber entre los islamistas y entre los militantes ultranacionalistas conflictos graves, como los que surgieron frecuentemente entre los «lobos grises» (*Bozkurtlar*) y los *Akıncılar*.

(81) Cit. por G. SANGUINETTI: *Op. cit.*, pág. 7.

(82) *Politika*, 4 de noviembre de 1977.

(83) N. PANYÜREK: *Op. cit.*, págs. 11-43.

Al igual que en ciertos países africanos, el Islam representa en la Turquía republicana lo que C. Coulon llama «una potencialidad de no integración en el Estado» (84). La arreligiosidad, la laicidad militante del kemalismo se erigen en religión. Como escribe R. Debray, «los laicos quieren al clero no porque estén sometidos a algún tipo de compulsión libidinal, sino porque llevan en sí mismos a los clérigos como una muestra de identidad y de vida» (85). La alienación cultural de la sociedad turca de hoy deriva de esto en gran medida, alienación cultural que es una fuente de violencia. Siempre según R. Debray, «el agnosticismo del Estado desplaza a la religiosidad en la sociedad civil, suscitando los comienzos de un contra-Estado» (86).

Y, sin embargo, las dos órdenes religiosas rivales, *Nurcu* y *Süleymanci*, entre otras, ilustran suficientemente bien esta idea del Islam-refugio, esta no integración e incluso la resistencia difusa frente al Estado. Los primeros se niegan a considerarse como una orden religiosa o como un movimiento político. Debido a ello, no hay ley alguna o artículo alguno del Código Penal que se les pueda aplicar (87). En cuanto a los *Süleymanci*, operan en clandestinidad perfecta. Su sistema de expansión descansa justamente sobre el principio de no escribir nunca nada ni publicar nada para no proporcionar pruebas de acusación y no dar pie a procedimientos judiciales (88). No acuden a la mezquita no porque no sean practicantes, sino porque sostienen que la mezquita republicana no tiene un carácter suficientemente religioso y que los imanes que prestan allí su servicio no son creyentes en el verdadero sentido de la palabra (89).

Es preciso admitir, en cualquier caso, que los llamamientos a la violencia han tenido un alcance extraordinariamente limitado en el movimiento islámico. Ciertamente, a fines de los años sesenta a veces se vio a los alumnos de las escuelas *imanhatip* (predicador) participar en batallas entre estudiantes (90). Ciertamente, algunos fanáticos como M. S. Eygi, en 1969, podían lanzar consignas como: «Todos los que no acuden a la mezquita son comunistas, sionistas, descreídos. Tenéis que matar a todos los que no son fieles

(84) «La science politique et les modes populaires d'action politique: la descente aux enfers comme voie de salut», *Modes populaires d'action politique*, CERI (Paris), «Bulletin de liaison», núm. 1, 1983, pág. 11.

(85) *Le Scribe*, op. cit., pág. 86.

(86) *Ibidem*, pág. 136.

(87) M. A. AĞAOĞULLARI: *Op. cit.*, pág. 220.

(88) *Ibidem*, pág. 222.

(89) *Ibidem*, pág. 223.

(90) Cf. el informe de la Comisión de Investigación del Senado, *Politika*, 24 de octubre de 1977.

en cuanto se los pida» (91). El movimiento alcanza mayor amplitud a lo largo del año de 1969. Las incitaciones abiertas al asesinato se hacen más numerosas y a veces se traducen en actos como el día del «domingo sangriento» (*kanlı pazar*). Ciertamente, el 3 de mayo de 1969 suceden incidentes provocados por manifestantes que irrumpen en la mezquita en la que tiene lugar el funeral por el presidente del Tribunal Supremo, I. Ökter, famoso por sus actitudes radicales contra los movimientos antilaicos, incidentes que impiden al imán pronunciar la oración fúnebre (92). Ciertamente también, la prensa religiosa se lanza de lleno, sobre todo después de 1974, cuando se siente en seguridad debido a la participación del MSP en los dos Gobiernos de coalición en los que regenta el Ministerio de Justicia. El órgano oficial de la Unión Nacional de Estudiantes turcos va más lejos, al escribir: «El Islam une la religión y el dominio secular. Al igual que las obligaciones religiosas, el Estado constituye un elemento inherente al Islam. A fin de realizar el sistema islámico del porvenir, la educación religiosa y la preparación ideológica de las masas habrán de hacerse con vistas a la lucha armada» (93).

En cualquier caso, estos llamamientos son aislados, y el islamismo, en su versión violenta, es de hecho marginal con relación a los otros dos movimientos. Cabe decir, incluso, sin exageración, que no tienen tendencia a recurrir a la violencia política.

Así, frente a una extrema derecha protofascista y a un movimiento islámico al que no cabe asimilar en modo alguno a la primera, pero del que sí cabe decir, sobre todo en los años posteriores a 1975, que fue el aliado de la derecha, especialmente debido al apoyo del MSP, asistimos en el caso de la extrema izquierda (94) a una rivalidad entre grupos diversos que se destrozan e incluso se asesinan; rivalidad que, provista de una fraseología revolucionaria, da una batalla de consignas huera, anacrónicas y anticuadas, mediante la que trata de atraer al grupito de individuos que fluctúan en torno a los estados mayores de una miríada de facciones. Algunas de estas últimas eran más que meros grupúsculos, ya que eran capaces de movilizar a millares de militantes con ocasión de alguna asamblea. Al hablar de los terroristas rusos, Dostoievsky los define como un «proletariado de bachilleres» que carece de

(91) *Politika*, 31 de octubre de 1977.

(92) Cf. *Le Monde*, 9 de mayo de 1969.

(93) S. DURGUN: «Ideolojik mücadele» y F. ÖZTÜRK: «Ki für nizanlarıyla hesaplaşma», en *Çati*, 10 de abril de 1977, cit. por M. A. AĞAOĞULLARI: *Op. cit.*, pág. 338.

(94) Por supuesto, excluimos de aquí a los partidos legales como el TİP (Partido Obrero de Turquía), el TIPK (Partido Obrero Campesino de Turquía), el TSİP (Partido Socialista Obrero de Turquía) e incluso el TKP (Partido Comunista de Turquía), ilegal, de obediencia prosoviética.

todo lazo real con los cerca de 40 millones de mujiks a los que quieren liberar (95). En el caso de los izquierdistas turcos, este vínculo no era inexistente, pero era artificial y estaba fundamentado en el miedo o en la agitación que, a largo plazo, se volvía contra ellos mismos. Otra diferencia con los terroristas rusos es que mientras que estos últimos, aún pocos en número, solían estar bien educados, en el caso de los turcos se trataba de una especie de «lumpen-intelectualidad» de desclasados o de marginados muy frecuentemente de origen provinciano.

Podemos remontarnos cuando menos a 1968 para ver las raíces de este movimiento y su paso progresivo a lo político e, inmediatamente, a la violencia política. Aquel año estuvo caracterizado por manifestaciones antiamericanas (especialmente con ocasión de la visita a Estambul de navíos de la VI Flota) y reivindicaciones que se limitaban a problemas corporativos (sobre organización de exámenes y de cursos, problemas de salidas profesionales para los licenciados, etc.), se generalizaron al comienzo al margen de las organizaciones estudiantiles existentes. En cualquier caso, y gracias a estas organizaciones intensamente politizadas, como la Federación Nacional de Estudiantes de Turquía (progresista) y la Unión Nacional de Estudiantes Turcos (conservadora), no tardaron en adquirir un fuerte carácter político.

Es cierto que, al comienzo, los jóvenes tenían el estímulo y el apoyo de una parte de la intelectualidad favorable, si no a una junta militar, a la peruana (de la época), sí a una lucha extraparlamentaria (*parlemento dışı muhalefet*). Así, a comienzos de los años setenta, es decir, en el momento en que una parte de la izquierda preconizaba la lucha extraparlamentaria, estrategia que también dio nacimiento a los movimientos guerrilleros urbanos y rurales, Turquía no se encontraba tan lejos de la Venezuela, a propósito de la cual R. Debray escribía, al analizar los fracasos revolucionarios en aquel país, que «la violencia revolucionaria no puede contar con la victoria frente a una República que es *totalmente* liberal y en la que el sufragio universal y una vida política regular canalizan y absorben la energía de las masas» (96).

Al comienzo había en estos grupos una tendencia a establecer vínculos con el pueblo, aunque planteada en términos altivos y paternalistas: era necesario «descender hasta el pueblo» (*halka inmek*) (¡y no ir al pueblo!). Desde fines de 1969, uno de estos grupos, decepcionado por el parlamentarismo y la «política oportunista» del TIP (Partido Obrero de Turquía), formaba equipos que se enviaban a Fatsa, donde la recolección de avellanas da lugar a festividades aldeanas, de las que cabe obtener buen partido en un sentido

(95) J. GOTOVICH: Art. cit., pág. 17.

(96) *Les Epreuves du feu*, t. III, Seuil, París, cit. por MICHAUD: *Op. cit.*, pág. 81. El subrayado es nuestro.

doble: reclutar y formar militantes dispuestos a la lucha armada; alcanzar un conocimiento más exacto del país en todos sus detalles geográficos, con vistas a las verdaderas batallas que es necesario dar y ganar. No obstante, rápidamente se abandona el trabajo sobre el terreno, el trabajo de «masas» (*kitle çalışması*), para no pensar más que en lo esencial, en recoger elementos dispuestos a combatir en «guerrillas urbanas» (97).

El THKO (Ejército de Liberación Popular de Turquía), creado a fines de los años sesenta por D. Gezmiş (98) y reconstituido por M. Çayar (99) y sus amigos en 1970 el THKP-C (Frente-Partido de Liberación Popular de Turquía), en efecto, comenzaron los preparativos con vistas a establecer la guerrilla urbana. Pero por lo que hace al primero, parece que D. Gezmiş, que dominaba las técnicas revolucionarias, siguió un entrenamiento militar entre los guerrilleros palestinos, en especial en el FDPLP de N. Hawathneh, y veía en la guerrilla urbana una etapa provisional, un paso hacia la lucha en el medio rural y urbano. En cuanto al segundo, su objetivo era la «revolución permanente», sin que esta consigna implique una adscripción troskista, aunque el pensamiento del revolucionario ruso ejerza de un modo difuso cierta influencia sobre algunos de los miembros de esta organización, a través en especial de los escritos de autores troskistas como E. Mandel. Su punto de partida era la convicción de que la lucha de clase es una guerra civil y, en consecuencia, que la revolución puede acelerarse mediante un ataque frontal lanzado contra el Estado y sus instituciones. Únicamente la guerrilla urbana puede hacer que se muevan las cosas y conseguir que la clase trabajadora participe en la acción. Se consideraba a Turquía como un país subdesarrollado, al margen de la zona industrial, y que tenía características propias del Tercer Mundo, que permiten la formación de un Ejército revolucionario con posibilidades reales de alcanzar el poder. Al igual que la lucha de tipo anti-imperialista, la lucha armada debía crear condiciones de desorden que provocaran una revuelta generalizada.

Después de la amnistía votada en la Asamblea en 1974, merced al CHP de B. Ecevit, amnistía que la derecha considerará a continuación como la primera causa de la llamada de violencia que siguió, el THKP-C quedó decapitado en Kizildere y, en consecuencia, «confrontado con una crisis de dirección y de estrategia» (100), se dividió en tres fracciones: *Halkın Yolu* (La Vía

(97) *Aydınlık*, 6 de mayo de 1980.

(98) Ahorcado en 1972 con dos de sus camaradas.

(99) Muerto en marzo de 1972, en Kizildere, con nueve de sus camaradas y tres técnicos extranjeros que habían secuestrado en la base de radar británica de Ünye.

(100) A. SAMIN: «The Tragedy of the Turkish Left», *New Left Review*, núm. 126, marzo-abril de 1981, pág. 76.

del Pueblo), *Dev-Yol* y *Kurtuluş* (Liberación). *Dev-Yol*, el más poderoso de estos grupos, al tiempo que conservaba su influencia sobre una cantidad bastante grande de militantes y simpatizantes, dio nacimiento a dos subgrupos que nunca estuvieron de acuerdo entre ellos acerca del análisis del pasado reciente ni sobre la línea que convenía adoptar: los *Acilcüler*, organizados en torno a una publicación sobre «los problemas urgentes de la revolución en Turquía», y el MLSPB (Unión de Propaganda del Ejército Marxista-Leninista), que fue la causa de los asesinatos, entre otros, de N. Erin, ex primer ministro; I. Darendelioglu, periodista nacionalista y ex parlamentario, y posiblemente, de G. Sazak, ex ministro; los dos últimos eran miembros del MHP. Por otro lado, el TIIKP (el Partido revolucionario campesino y obrero de Turquía), fundado en 1972 por D. Perincek e I. Kaypakkyia, una de las figuras legendarias del maosismo turco, muerto en 1973, se escindiría en dos: el uno en torno a D. Perincek; el otro, el TIKKO, una organización partidaria de la lucha armada, seguidora hasta el final de I. Kaypakkyia, y de la que algunas fracciones se especializaron en atracos a bancos. Parece que la diferente actitud frente a la Unión Soviética haya sido un motivo importante de esta división y fraccionamiento de la extrema izquierda.

«Nuestro grupo no discernía bien la vía que convenía seguir. Ningún movimiento marxista nos guiaba. Ello nos condujo a la desesperación y de ahí a los caminos azarosos del terrorismo. Una vez ahí, el "mito del héroe" se apoderó de nosotros.» En estos términos analizaba Y. Küpeli, un ex miembro de la organización *Dev-Genç*, arquetipo del izquierdismo, la acción de su organización en respuesta a las preguntas de un periodista que había organizado entrevistas con los dirigentes de los movimientos de extrema izquierda prisioneros. Küpeli subrayaba a continuación la ausencia de un «maestro de pensamiento» (101) para la izquierda revolucionaria, la ignorancia real que caracterizaba a todos los grupos, por lo que concernía a la situación del país, su composición social e incluso las fuerzas que en él predominaban (102).

N. Töre, dirigente de los grupos de la juventud, confiesa igualmente la ignorancia total de la ideología marxista que le caracterizaba, así como a todos sus amigos, incapaces de establecer la diferencia entre un Che Guevara y un Lenin, por ejemplo (103) (pecado más grave y autocrítica más aguda). Hay un punto muy importante que merece la pena retener en todas estas entrevistas: el modo en que unos y otros trataban al pueblo. Así, para E. Kürkcü, único que escapó a la matanza de Kizildere y ex presidente de

(101) *Cumhuriyet*, 12 de agosto de 1978.

(102) *Cumhuriyet*, 13 de agosto de 1978.

(103) *Cumhuriyet*, 15 de agosto de 1978.

Dev-Genç, el proletariado en Turquía no estaba políticamente maduro. Las clases sociales no habían adquirido una conciencia de clase. En cuanto al grupo, éste luchó por instaurar y por practicar el marxismo, pero «nosotros no supimos crear una clase obrera poderosa» (104). A través de esta argumentación se ve apuntar la «revolución que viene de arriba», el autoritarismo, el dirigismo intelectual que caracterizaba —y que aún caracteriza— además de a los dirigentes de esta izquierda, a buena parte de la intelectualidad turca.

La única voz discordante —y cabe pensar tardía y más formal que real— es la de N. e I. Demir, dos maoístas (105). Para ellos, el terrorismo es totalmente condenable, ya que «recurrir al terrorismo no es tener confianza en las masas, en el pueblo. Cuando las masas toman conciencia de su fuerza y comienzan a luchar, el terrorismo se hace inútil. Por lo tanto, hay que situarse cerca del pueblo, en medio del pueblo, para llevar a cabo la lucha revolucionaria». Y los Demir reprochan a la «otra» extrema izquierda que recojan por cuenta propia la célebre consigna de la derecha, que dice que «este pueblo no madurará jamás» (*adam olmaz*). Así pues, dicen: aquellos que quieren liberar al pueblo comienzan por retirarle la confianza que tienen que fundamentar en él.

K. Bumin se ha planteado la cuestión de saber si un movimiento que se dice de «izquierdas», pero que se manifiesta con valores militaristas como la jerarquía, la disciplina, la autoridad, está en situación de crear una sociedad democrática. Pone de manifiesto cierta simetría entre las proposiciones de la extrema izquierda y las de la extrema derecha (106):

Si ellos tienen un ejército, nosotros tenemos nuestro «ejército del pueblo».

Si ellos tienen Tribunales, nosotros tenemos nuestros «Tribunales populares».

Si ellos tienen una disciplina ciega, nosotros tenemos nuestra «disciplina de acero».

Si ellos tienen una jerarquía, nosotros tenemos «nuestra vanguardia del proletariado».

Si ellos tienen una violencia contrarrevolucionaria, nosotros tenemos la «violencia revolucionaria».

(104) *Cumhuriyet*, 14 de agosto de 1978.

(105) *Cumhuriyet*, 16 de agosto de 1978.

(106) «Vazgeçilemeyen devlet», *Toplumcu Mücadele*, núm. 16, mayo-junio de 1980, página 169.

Como se sabe, la táctica de los movimientos fascistas consiste en «identificar» a los suyos para oponerlos mejor a los «otros». La ocasión era en verdad demasiado buena para los fascistas de Turquía, que no vacilaron en separar ciertas regiones de Anatolia Central o sur-oriental y en enfrentar a los turcos con los curdos y a los sunnitas contra los Alevi. Al darse este tipo de identificación, era inevitable que se produjera el opuesto (107).

Una de las organizaciones curdas más importantes, que convirtieron el terrorismo en base esencial de su acción, la de los *Apocu* (creada en 1974 por A. Acalan, y cuyo verdadero nombre era Partido Obrero del Curdistán) escogió como terreno de maniobra las regiones de Diyarbakir y sobre todo la de Urfa. Esta última se encuentra dominada por algunas tribus, entre las cuales la más célebre es la de los Bucak (cuyo jefe fue diputado al Parlamento y miembro de AP), en rivalidad constante con una familia muy influyente, la de Paydaslar (cuyo jefe era un ex diputado del CHP). Explotando hábilmente las diferencias que oponen a las dos familias desde hace muchos años, los *Apocu* consiguieron establecer relaciones directas con la población local curda. Obteniendo dinero de los unos y de los otros, a cambio de promesas de protección, de ayuda y de apoyo a las dos familias a la vez, consiguieron, pues, un gran prestigio entre los campesinos. Así, muchos de estos últimos acabaron formando parte de esta organización, sin comprenderla del todo. En contra de la política de «turquificación» del poder central, los *Apocu* se dirigían a los maestros, frecuentemente curdos, instándoles a no izar la bandera y a no hacer cantar el himno nacional turco por las mañanas. Los maestros que transgredían estas órdenes eran secuestrados y asesinados tras pasar torturas espantosas (108). Parece que, al contrario que los *Apocu*, que luchaban por crear un Estado curdo independiente, los militantes del KUK (liberadores del curdistán nacional) defendían la tesis de la autonomía. Por lo demás, los dos grupos, *Apocu* y KUK eran enemigos irreductibles. Así pudo verse a miembros de KUK apoyando los combates de ciertos *āga* (propietarios terratenientes) en contra de los *Apocu* (109).

FALTA DE CONVERSION EN MOVIMIENTO SOCIAL

En la espiral de la violencia, y aparte de los innúmeros casos de terrorismo individual, que más bien pertenecen a la delincuencia, cabe observar enfrentamientos muy cruentos como los de Malatya, Sivas, Kahramanmaraş y

(107) I. CEM: *Milliyet*, 4 de octubre de 1978.

(108) Según un reportaje publicado en *Milliyet*, 15 a 19 de julio de 1979.

(109) *Ibidem*.

Çorum, que se presentan como la reproducción de una situación más o menos idéntica. Veamos los hechos:

Malatya, abril de 1978. Se trata de una ciudad sin importancia en los aspectos social, político, religioso y étnico, y donde reina la desconfianza entre ciudadanos, clanes y tribus. Un paquete que contiene una bomba destinada al alcalde de Malatya, H. Fendoğlu, mata a su destinatario, así como a otros tres miembros de su familia. El alcalde era un gran propietario terrateniente, personalidad muy popular y electo «independiente» gracias al apoyo de los tres partidos de la derecha. A continuación se supo que la bomba fue fabricada por un militar (110), muy probablemente un militante de extrema derecha que pertenecía al Centro de Investigaciones Nucleares de Ankara. Apenas se difunde la noticia del atentado en Malatya, se desencadenan acciones extremadamente violentas contra el gobierno Ecevit. Las hordas de AP, MSP y MHP se arrojan sobre los edificios del CHP, *Töb-Der* (Asociación Maestros Progresistas), diversas imprentas y otros locales, así como sobre los *alevi*, sus casas, sus oficinas o tiendas, que resultan gravemente dañadas o incendiadas (111).

Sivas, septiembre de 1978. La «juventud musulmana» distribuye octavillas que previenen a los *alevi* y echan leña al fuego: «en otro tiempo llamabais al shah (112). Ahora os entregáis al comunismo (...). Pero no os dejaremos continuar» (113). Siguen graves disturbios en el barrio habitado por los *alevi*. Parece que en esta ciudad se encontraban también algunos miembros de la Seguridad, desplazados por el gobierno Ecevit y deseosos de vengarse de su desplazamiento (114). El diputado del CHP de Sivas, A. Köylüoğlu, llega a citar incluso las palabras del comisario, que dijo: «No me iré de este rincón sin haber provocado una guerra civil» (115). Estos incidentes son presagio de otros mayores y más graves, que no tardan en producirse.

Kahramanmaraş, diciembre de 1978. Los militantes de extrema derecha ponen cargas de plástico (116), el 19 de diciembre, en una sala de cine en la

(110) *Cumhuriyet*, 20 de abril de 1978. El diario no puede revelar su nombre por razones evidentes.

(111) *Cumhuriyet*, 19 de abril de 1978.

(112) Se trata del shah Ismail de Irán (sigl. XVI).

(113) *Cumhuriyet*, 21 de octubre de 1978.

(114) *Cumhuriyet*, 7 de septiembre de 1978.

(115) *Cumhuriyet*, 4 de septiembre de 1978.

(116) Como se reconoce en el acta de acusación del proceso. Cf. *Le Monde*, 6 de junio de 1979.

que, sin embargo, se proyecta una película «nacionalista». Hacen correr la voz de que «los comunistas han tirado una bomba», con lo que pretenden levantar a los sunnitas contra los *alevi*, cuya mayoría es tradicionalmente cercana a la izquierda. Dos días más tarde aparecen asesinados dos maestros progresistas. Al día siguiente, los militantes de extrema derecha impiden la ceremonia religiosa y sus consignas asimilan a los comunistas con los *alevi*. Se producen más acontecimientos y las calles se encuentran en manos de matones. El 23 de diciembre, éstos atacan los centros *alevi* de Yenimahalle, Yörükselim y Yusufklar, los edificios oficiales y los de los partidos de izquierda. El 24, un millar de militantes de derecha, cantando consignas religiosas, provocan incendios y tratan de asaltar la comisaría y el hospital para rematar a varios cientos de heridos (117). Se trata del episodio más sangriento de este período, que provocó casi doscientos muertos en un día.

En Kahamanmaras, los *alevi* se encontraban concentrados sobre todo en los alrededores de la ciudad, donde, hasta una fecha muy reciente, se ocupaban exclusivamente de agricultura en tierras poco fértiles. La construcción de un dique en Kartalkaya, que permite la irrigación de sus tierras, contribuyó a aumentar sus ingresos (118). A partir de entonces comenzaron a desplazarse al centro de la ciudad, donde se interesaron por el comercio. Su bienestar creciente provocó muchos celos en la comunidad sunnita, tradicionalmente conservadora. Por lo demás, había en esta ciudad algunas industrias prósperas, de las que dos eran especialmente importantes (119), pertenecientes a familias poderosas. Ha podido demostrarse que la MISK (confederación sindical controlada por el MHP), que reunía una parte de los obreros del sector de textiles —una de las dos industrias—, iba perdiendo poco a poco sus adeptos, que la abandonaban en favor de la DISK, que había comenzado a hacerle la competencia. Cundía gran alarma entre los patronos, ya preocupados por las condiciones locales de la producción de algodón (120). En efecto, esta producción era asegurada por las aldeas *alevi* situadas frecuentemente en torno a los feudos de los grandes propietarios poderosos. Estos, por su lado, sentían peligrar sus inmensas posesiones, dado que en Ankara soplaban vientos de reforma que, en cualquier momento, podrían llegar hasta la reforma agraria. En resumen, se decidió pasar a la acción y liberar la región de los «comunistas *alevi*». Las incitaciones al asesinato caen desde lo alto de los minaretes, mezcladas con amenazas terribles para todos quienes no tomen parte en la cruzada contra los felones.

(117) *Le Monde*, 26 de diciembre de 1978.

(118) Según el acta de acusación, *Le Monde*, 6 de junio de 1979.

(119) *Aydinlik*, 19 de enero de 1979.

(120) *Ibidem*.

Çorum, mayo y julio de 1980. Esta ciudad, de población esencialmente agrícola, fue objeto de grandes movimientos demográficos en el curso de los decenios de 1960 a 1970: de un lado, los grandes propietarios terratenientes se desplazaron cada vez en mayor número a la ciudad, atraídos por las actividades de ésta; de otro, una parte de la población de los alrededores, expulsada por la miseria, fue a instalarse en el propio Çorum (121). Esta última población inicia actividades en diversos campos: compra y vende terrenos, abre comercios y acaba por ocupar lugares importantes en las actividades principales. Envía a jóvenes a la escuela e incluso a la Universidad de Ankara. Así se quiebra el equilibrio social prevalente desde tiempo inmemorial en detrimento de los sunnitas, que se quejan de ver «estos *gâvur* (infieles), estos *ızılbaş* (cabezas rojas), venidos de las montañas para expulsar a los habitantes de las ciudades» (122).

Todos estos elementos han contribuido en gran medida a profundizar en Çorum las divisiones que los extremistas de las dos corrientes habían sembrado. La extrema izquierda no era nada inactiva en este departamento. Supo explotar hábilmente las diversas políticas seguidas en relación con el cultivo de la adormidera, muy extendido en la región. De este modo, después del golpe recibido por la izquierda con el memorándum del 12 de marzo de 1971, ésta pudo reunir en Çorum una base importante que le permitiera garantizar la seguridad de sus actividades.

Una vez que la propia Policía se encuentra dividida entre izquierda y derecha, se establece el inevitable frente de guerra. El 20 de mayo de 1980 tiene lugar el primer enfrentamiento armado entre los dos bloques. Los combates son muy violentos y causan muchas víctimas. Una segunda ola de terror se desencadena en julio de 1980, por obra deliberada de los provocadores, que gritan en todos los rincones de las calles que «los comunistas han incendiado la mezquita de Aladino».

A lo largo de este período, en las otras capitales de departamento que tienen más o menos la misma configuración sociológica, especialmente en Tocat, Bingöl, Adıyaman, Muş y Gaziantep se repite la situación: los provocadores amotinan a la multitud gritando: «los comunistas van a asaltar las mezquitas» (123).

Únicamente los acontecimientos de Fatsa y de Taris (Izmir) parecen escapar a este esquema, gracias a su especificidad y a su envergadura. «A fin de restaurar la autoridad del Estado», las fuerzas del orden, apoyadas por uni-

(121) Véase *Milliyet*, del 13 al 17 de julio de 1980.

(122) Cit. en *Milliyet*, 13 de julio de 1980.

(123) Cf. *Le Monde*, 18 de febrero de 1975.

dades de infantería y comandos de paracaidistas, ocupan la pequeña villa de Fatsa, situada sobre el litoral del Mar Negro, el 11 de julio de 1980. Esta operación, de gran envergadura, trata de eliminar los «comités populares», verdaderas autoridades paralelas, elegidas por el pueblo y que funcionan bajo la égida de la corporación municipal de la ciudad. En el curso de esta «limpieza» del Ejército y de la Policía, que bloquean todas las salidas de la ciudad, los policías, desprovistos de orden judicial y acompañados por individuos que ocultan su rostro con capuchas, detienen a todos los que estos últimos les indican. El primer ministro, S. Demirel, declara después de esta operación, que dura dos días, que fue obligado intervenir a fin de «terminar con Fatsa» (*Fatsa'nın hakkından gelmeye mecburuz*) (124).

Se reprochaba a F. Sönmez, ex sastre de profesión, elegido legalmente alcalde independiente de Fatsa en 1977, después de una campaña electoral apoyada por *Dev-Yol*, haber querido convertir a su ciudad en una «comuna» animada por «comités populares». Estos comités, compuestos por tres o seis miembros, según la importancia de los barrios, estaban encargados de resolver los problemas que se planteaban a la población, del tipo que fueran, sin pasar por las autoridades legales. En último término, se sometía a la corporación municipal las cuestiones que no se habían podido arreglar (125).

Según la requisitoria del fiscal durante el proceso de Fatsa, en el que se juzgó a más de ochocientas personas, Fatsa redujo poco a poco los representantes del Estado a una impotencia total. Una serie de conflictos obligó a la mayoría de los habitantes a renunciar a los recursos a todo organismo de carácter estatal, comprendido el hospital (126). Se expulsaba a los docentes nombrados por el Ministerio que no gustaban a la población, corriendo, incluso, el riesgo de que no hubiera nuevos nombramientos. Eran numerosos los que se armaban para garantizar «su propia seguridad». La corporación municipal no tomaba iniciativa ninguna sin recabar el parecer de la población. «La unión de dirigentes y de dirigidos no había sido nunca tan completa», observaba un día un miembro del partido AP (127).

El alcalde electo, apoyado por *Dev-Yol*, parece haber utilizado varios argumentos y medios para asegurarse el apoyo de los habitantes de Fatsa, en la que, según ciertos testimonios, las mujeres participaban activamente en la «gestión» de la ciudad, organizando la producción (vital para la región) y la comercialización de las avellanas, suministrando al mercado productos a un precio relativamente bajo. Según el fiscal, el alcalde llegó a prohibir el al-

(124) *Milliyet*, 12 de julio de 1980.

(125) *Le Monde*, 13 de julio de 1980.

(126) *Cumhuriyet*, 22 de enero de 1983.

(127) *Milliyet*, 10 de julio de 1980.

cohol y el juego a sus militantes, respetando así las costumbres conservadoras por la mayoría de la población. Parece que estos factores contribuyeron grandemente a fundir al pueblo en torno al grupo Sönmez.

Así, si se tratase únicamente de Fatsa, habría que recibir con precaución esta afirmación de A. Samin, que, sin embargo, es válida para los otros casos: «*But even when villages and sections of cities became indirectly administered by the left groups, they showed a fatal inability to do more than display their martial courage. No communal reforms were launched or popular bodies created which might have shown the local people how to organize or improve their conditions*» (125).

Paralelamente a esta «forma popular de organización del órgano local» (J.-F. Bayart), los acontecimientos de *Tariş* revisten otra forma: «una resistencia explícita, pero eficaz» (Bayart).

Izmir, donde no está en vigor el estado de sitio, a diferencia de muchos otros departamentos, es teatro de violencias y enfrentamientos en febrero de 1980. La huelga decretada en la fábrica de *Tariş* (perteneciente a las cooperativas de agricultores, cuyos dirigentes son nombrados por el Gobierno) a causa de reivindicaciones salariales, huelga que no es seguida, según los responsables de la dirección, más que por el 10 por 100 de efectivos laborales (129), degenera en un conflicto, ya que no solamente se amenaza, sino que, con frecuencia, se ataca a los obreros que siguen la consigna de huelga. Esto es lo que denuncia el representante de la sección local de la confederación sindical DISK (130). Siguen los despidos (de hecho, una purga de militantes de izquierda) decididos por los nuevos dirigentes, próximos a la derecha. Cuando, el 10 de febrero, llegan las fuerzas de policía para hacer evacuar las fábricas ocupadas la víspera por los obreros en protesta, tales fuerzas son recibidas a tiros de pistola (¿obrerros? ¿THKP-C?). Se levantan barricadas para impedir el paso de los blindados de la Policía; se bloquea la circulación. Se llama a unidades militares de refuerzo. Durante tres días tienen lugar escaramuzas, que producen varias víctimas. Al término de las tres jornadas quedan detenidas unas mil personas, entre las cuales se cuenta el alcalde del CHP de un distrito popular de Izmir (131).

En señal de solidaridad se manifiestan alrededor de estas fábricas, próximas a los barrios populares, las familias de los obreros, las mujeres y los niños, conducidos por militantes de extrema izquierda, enmascarados. S. Demirel promete un castigo ejemplar a los autores de los disturbios de izquierda»,

(128) Art. cit., pág. 80.

(129) *Le Monde*, 15 de febrero de 1980.

(130) *Milliyet*, 11 de febrero de 1980.

(131) *Le Monde*, 15 de febrero de 1980.

que quieren convertir a Turquía en un nuevo Vietnam» (132). Las acusaciones formuladas por B. Ecevit, dirigente de la oposición, son abrumadoras: «El poder utiliza medios ilegales para terminar con los puestos de trabajo y empujar así a los obreros injustamente despedidos hacia los provocadores. El verdadero objetivo es instaurar en *Tariş* un sector de partidarios de la extrema derecha a fin de poner su fuerza de trabajo al servicio del poder» (133). La DISK anuncia un movimiento de huelga de dos días como protesta contra estos acontecimientos, huelga que alcanza a todos los sectores de la vida activa: universidades, hospitales, bancos. Pequeños grupos de resistentes, en las «zonas liberadas» de Izmir, continúan combatiendo a las fuerzas del orden con rehenes en los lugares de los enfrentamientos. Las «operaciones» de policía se prosiguen en barrio de Gültepe (40.000 habitantes), en el que se registra casa por casa (134). Cabe preguntarse si en *Tariş*, como en Fatsa, debido al giro inesperado quizá que tomaron los acontecimientos, no se encontraban ya los gérmenes de una acción de protesta pacaz de transformarse en un movimiento más vasto.

* * *

Lejos de ser un fenómeno marginal, en el período de 1975 a 1980, la violencia se encontraba en el mismo corazón de la vida política y de la formación social turcas, vinculada sin duda a la existencia de una tradición histórica, pero también debida al desarrollo del capitalismo periférico, a la fragilidad de la cohesión social y a los particularismos sociales. El bloqueo del sistema político (a la vez síntoma y motor de este fenómeno), como el marasmo económico y el letargo —voluntario o no— de los dirigentes políticos, no han hecho más que exacerbar este estado de cosas. Esta violencia se distingue de la de los primeros decenios de la República, que, con excepción de algunos casos organizados, pero localizados —a lo que habría que calificar de sublevación—, era, como lo señala J. L. Domenach respecto a China, una «violencia de motines». ¿Por qué la violencia del último período, frecuentemente organizada y en todo caso generalizada (llegando incluso hasta la Santa Sede), no ha podido convertirse en un movimiento social («acción colectiva orientada hacia el control o la transformación del sistema de acción histórico») (135), en una acción política antitotalitaria?

La respuesta a esta cuestión exigiría por sí misma toda una obra. Pongamos de manifiesto, en primer lugar, a través de los hechos y de los contra-modelos de sociedad (de sinsociedad, está uno tentado de añadir) que hemos

(132) *Milliyet*, 12 de febrero de 1980.

(133) *Milliyet*, 15 de febrero de 1980.

(134) *Milliyet*, 17 de febrero de 1980.

(135) A. TOURAINE: *Op. cit.*, pág. 169.

evocado en el curso de este trabajo que, en el caso turco, tenemos que habérmolas con una sociedad desgarrada y dividida. En este sentido, cuando se habla de sociedad a propósito de Turquía, es difícil pensar en la etimología latina de *socii*: los aliados, los que están «asociados» para emprender alguna cosa en común. La «distribución en zonas» del país y de las ciudades es bastante revelador de este estado de cosas. «En una situación de crisis generalizada —escribe A. Touraine—, las representaciones sociales en conflicto forman un mundo cerrado. Las ideas, las imágenes, los objetivos se oponen sin que su oposición reconozca un campo común. No hay que creer que entonces triunfe la lucha de clases. Es todo lo contrario. Puesto que la referencia a la historicidad desaparece, y los actores no se definen ya más que por el juego múltiple de sus oposiciones y de su competencia» (136).

Volvamos sobre los actores, a los que no cabe disociar de las relaciones sociales. La extrema derecha protofascista, estatal, que se apoya en el lumpenproletariado de las grandes ciudades y de las regiones arrasadas del país, no pudo encarnar un modelo de sociedad que se apoyase sobre la adhesión popular. Esto no significa que no hubiera podido tomar el poder del Estado. La corriente islamista, dividida a su vez, no pudo desembarazarse de cierto culto al pasado al margen de algunos esfuerzos de compromiso con la modernidad a través de su expresión partidista incompleta (esta última, además, la integraba en cierto modo en el sistema político, y disminuyó sus posibilidades de éxito), trató de resistir el empuje de una dominación cultural que aborrecía y estaba y sigue estando en una situación de defensa y no movilización. La extrema izquierda, muy dividida, confusa y obsesionada por el poder, pero incapaz de innovación social y cultural, desprovista de una verdadera base popular, tampoco pudo hacer brotar y animar un movimiento social; a pesar de su significación de clase, su acción llegó a tener incluso efectos de desarme político y moral de tal movimiento virtual.

Al hablar de la violencia «de abajo», del período de 1975-1980, el término «implosión» resume, en efecto, su fracaso e indica el trabajo largo y paciente que las contraélites y la sociedad en su conjunto y en su diversidad tienen que realizar en sí mismas para canalizar las aspiraciones de aquellos para los cuales «los cambios y los acontecimientos no pueden separarse de la inmensa zona de sombra donde pasan la vida, en su gran mayoría, y de donde no salen más que para lanzar gritos de terror, de cólera o de esperanza, como si fueran personajes de Goya» (137).

(Traducción de RAMÓN GARCÍA COTARELO.)

(136) *Ibidem*, págs. 114-115.

(137) *Ibidem*, pág. 576.